

Miranda

Una historia de Almas Gemelas

KARLA ESPINO



*Instituto Nacional de Derecho
de Autor. INDAUTOR*

*Registro Público de Derecho
de Autor*

*No. Registro 03-2012-
112612544300-01*

Primera edición

México, DF.

Karla María Espino Mata

karlamespino@hotmail.com

*“A Dios y a mi familia, por estar
conmigo en cada vida”*

Karla Espino

Miranda

Una Historia De Almas Gemelas

Un día desperté con un suspiro en el corazón. Había tenido un sueño muy peculiar, donde un hombre desconocido me salvaba de ahogarme en el mar. Estaba muy asustada. Inmediatamente supe que debería interpretarlo, encontrar su sentido y mejor aún, salvarme yo misma. La sensación de paz y tranquilidad al hacerlo me llevó a escribir la siguiente historia.

Miranda, una joven de veintitrés años, estudia el último grado de la carrera de Historia del Arte, en el Colegio Los Alpes de la Ciudad de México. Una noche, tras una inesperada decepción, Miranda comienza a tener una secuencia de sueños extraños que ocurren en el del siglo XV, cuando Nápoles Italia fue invadida por Francia. En estos sueños conoce a un hombre, Diego.

Es en este mundo onírico donde se desarrolla la historia. Miranda tendrá que descifrar la tragedia que viene arrastrando desde su primera vida. La

ilusión que ha creado el hombre la lleva a recorrer un camino lleno de misterios por el mundo esotérico, despertándola hacia una realidad que va más allá de lo virtual.

Deseo con el corazón que disfrutes esta historia y sobre todo, que nunca dudes de la trascendencia de tus sueños. Alcanzarlos te llevara por senderos emocionantes e inesperados que seguramente confabularán con tu alma.

Con cariño sincero,

Karla

*“La conciencia humana existía antes del nacimiento,
y por conciencia humana me refiero al alma”*

- Rav Berg. Ruedas del Alma

Miranda Una Historia De Almas Gemelas

«¿Y este bolso?» «Este bolso rojo con piedras negras es de Andrea» «¿De Andrea?», «¡Sí! De Andrea», me dice la risa que sutilmente he vuelto a oír.

Andrea y yo somos las mejores amigas. Tenemos la misma edad, las dos nacimos en el año 1989. Hemos cursado juntas todos nuestros estudios. Me gustaba ser su mejor amiga entre tantas chicas que la han seguido, ella siempre ha sido popular. En la primaria peleamos mucho, ¡niñas, al fin! En secundaria estudiábamos durante las tardes. En preparatoria, todo comenzó a cambiar, empezamos a tomar un poco de alcohol y a fumar. Desde entonces, Andrea ya no fue la misma, pero da igual, era mi mejor amiga. Los chicos nunca fueron nuestro problema, en eso sí teníamos gustos diferentes. Ambas decidimos estudiar la misma carrera, Historia del Arte, en el Colegio Los Alpes. Pero, ¿qué hace su bolso en el departamento de mi novio? Inconscientemente tomo el bolso. ¿Y esas risas? En este preciso momento mi rostro cae al piso, cambia. Mi corazón se sobresalta, se inquieta y acelera. Una muy grande intuición me provoca una tristeza tremenda. Me quedo inmóvil, congelada, no sé qué hacer. ¿Salir por la misma puerta por la que entré y hacer como que nunca estuve aquí? ¿O entrar en la habitación de Rogelio y, de nuevo, abrir la puerta a mis miedos? Esta vez estoy segura de que se quedarán y por mucho tiempo. Mi impulso inconsciente actúa y sin darme cuenta, ya estoy de pie en la habitación de Rogelio.

Ellos no me han visto. Están ahí, desnudos, tocándose, riendo, cogiendo, ¡están los dos! ¡Juntos! Lucen tan... ¡Tan estúpidamente enamorados! El hombre que me prometió respeto, amor, un sinfín de mentiras fritas, y mi amiga, casi mi hermana, con quien hice un pacto de sangre cuando cumplimos ocho años. ¡Santo cielo! Mis ojos no pueden creer lo que están viendo. Por un momento creo que estoy soñando, seguramente una terrible pesadilla. Pero no, los gemidos grotescos de Andrea me regresan a la realidad. Me hipnotiza la situación. Podría esperarlo de cualquiera, incluso de Rogelio. Pero ¿por qué Andrea? En un instante, un montón de preguntas se me vienen encima como balde de agua fría. Rogelio, quien está debajo del cuerpo escultural de Andrea, alza la mirada y me ve. Su rostro se torna pálido. Nuestras miradas cruzan y alcanzo a ver a través de sus ojos, que ya está arrepentido. El miedo en su mirada se lanza de rodillas ante mi cuerpo rígido. Aquí, en esta escena, su orgullo machista sale corriendo y se tira por el balcón, acabando así con su tentación. Es nuestro final. Quiero salir de la habitación, ¡quiero huir! Pero mis piernas tambaleantes no pueden moverse. Parpadeo y una lágrima me brota; con un gesto de asombro abro la boca y me la trago. Mi estómago se comprime, el nudo en la garganta casi me asfixia, mientras que Rogelio, por debajo de las sábanas de seda blanca, toma con fuerza por las caderas a Andrea, la empuja hacia arriba y la arroja al otro extremo. Ella casi cae al piso, pero alcanza a sostenerse y sentarse en una esquina de la cama. Andrea, con una mirada retadora y de campeona de Copa Mundial de Fútbol, me mira. Yo sigo aquí, contemplando algo que parece una tragicomedia perfecta. El cuerpo desnudo de Rogelio se para frente a mí. Los vellos de su pecho se erizan y su erección se desinfla. Salgo por un instante del gran trance en el que me encuentro y reacciono con rapidez.

–¡Perdóname, Miranda, amor! Te juro que yo... Andrea es solamente –
Me dice Rogelio con voz aturdida y fingida

–Cállate! –Grito descontrolada, saco el valor por debajo de mi falda

Andrea me ve, no parpadea, me mira de abajo hacia arriba. Ella no siente remordimiento, ¡no siente nada! La conozco lo suficiente para darme cuenta de que está satisfecha. Como si Rogelio fuese un trofeo que me ha ganado. En este momento, estoy plenamente convencida de que dos de las personas más importantes para mí ya están fuera de mi vida. A veces los planes tienen una manera tan vulgar de caerse. Y esta desgastante situación, no es la excepción.

Con una acción arrebatada, cacheteo a Rogelio, quien continúa frente a mí, desnudamente hipócrita. Salgo rápido de la habitación, del departamento, de su vida. Con la mano derecha cargo inconscientemente el bolso rojo de Andrea, lo arrojo en un bote de basura, junto con todos nuestros años de amistad. Todo se ha terminado. Camino no sé cuántas calles, el cielo se nubla anunciando la lluvia, me sostengo del primer árbol de castaños que encuentro. Me recargo sobre su tronco fuerte y viejo, me siento sobre la tierra húmeda, llevándome las manos al rostro. Mi corazón late a la velocidad de la luz, comienzo a llorar como si alguien se hubiese muerto. Y es que en realidad alguien se ha muerto, ese alguien, soy yo.

Me he preguntado muchas veces ¿qué es el alma? ¿Cómo se siente? ¿De qué color es? ¿Dónde está? Y sobre todo, ¿en realidad las personas tenemos alma? Y justo aquí, en este instante, mis preguntas son contestadas. Siento un dolor inmenso, un dolor que nunca antes he sentido. Me corroe por cada átomo, por cada célula, por la sangre hirviendo, justo a la altura de mi corazón, en el centro del pecho. Me carcome una presión y siento que me encajan mil toneladas de dolor, en un instante pienso que no lograré soportarlo, me asfixia. Aquí descubro que lo que me duele es mi alma. Algo que no es tangible ni palpable, pero con el gran poder de destruir toda una vida.

Las primeras gotas comienzan a caer, sin embargo este árbol es lo suficientemente grande para cubrirme, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy en un parque descuidado, no tiene muy buen aspecto. A lo lejos oigo una voz que me dice

–Disculpe, ¿gusta una nuez? –Me pregunta una persona. Parece un indigente

No soy capaz de coordinar, estoy en trance. Con esfuerzo logro levantar la mirada; mis ojos están hundidos e hinchados de tanto llorar. ¿Quién me habla? Lo miro fijamente, él me mira igual. Una sensación extraña me hipnotiza, siento que él se introduce a través de mis ojos, llega a sensibilizarme. Puede darse cuenta de lo que sucede. No necesito explicarle. Él ya lo sabe. El dolor es imposible de ocultar. Giro la cabeza hacia la izquierda, me limpio rápidamente las lágrimas con las palmas de las manos.

–Se siente bien, ¿verdad? –Me pregunta

–No, no me siento nada bien

–Me refiero, al estar recargada sobre el árbol de castaños, ¿se siente bien? Los castaños poseen una energía vital de serenidad. ¿Lo sabe? –No contesto nada. Él continúa hablando

Sinceramente yo no estoy de modo para escuchar al indigente, mucho menos para hablar de temas esotéricos. Bastante tengo con todo lo que está

sucediendo.

–Los árboles nos dan condiciones óptimas para el fortalecimiento de nuestro cuerpo, mente y espíritu, sobre todo el contacto con planos superiores de conciencia

–Disculpe, es que en este momento –Trato de interrumpir, pero él continúa hablando sin detenerse. Agacho la cabeza

–La vida, como el amor, siempre está compuesta de círculos que se abren y cierran constante e inevitablemente: ilusiones, decepciones, experiencias, despertares seguidos en ocasiones por nuevas y sutiles traiciones. ¡Y no por eso nos vamos a echar a llorar toda la vida! Tome esta nuez, cómlala y por favor no deje que su pasado, sea el que sea, oscurezca su visión de un futuro brillante. Al lado de la persona indicada que seguro está por reencontrar –El indigente se marcha, perdiéndose en la fría oscuridad.

Aún no soy capaz de pronunciar palabra alguna, de reaccionar. El dolor que siento en medio del pecho me llega más allá de la garganta. Me cierra la boca con mil nudillos. ¿Qué estoy haciendo aquí? Me levanto, guardo la nuez en mi bolsillo. Me siento muy débil, sin energía, sin fuerza. Los miedos que comienzo a sentir, me absorben por completo. Detengo a un taxi, subo. El chofer regordete y bigotudo, al ver mi rostro, prefiere no hablar durante el camino a casa. Me mira discretamente por el retrovisor, mientras me escondo lo mas que puedo detrás de mi cabello largo. Me ofrece un cigarrillo y lo acepto. Al cruzar miradas, mis ojos, que ahora están pequeños y rasgados del llanto, me delatan. Le pago los doscientos pesos con cincuenta centavos, me enciende el cigarrillo y no le doy ni las gracias, debe de pensar que soy una mal agradecida. ¡Si supiera que la mal agradecida aquí es otra! Llegamos,

bajo y me abren el portón eléctrico, me apresuro a atravesar el camino decorado con flores de temporada, flores tristes, otoñales. Entro rápidamente a la recepción. Me siento sobre un escalón, me llevo el cigarrillo a los labios, doy apenas tres tiradas y ya me estoy ahogando. No fumo. Sin embargo continúo. Como poseída, observo el cigarrillo consumiéndose, me identifico con él. Dentro de mi cabeza giran todos los grandes momentos desde que Andrea y yo éramos pequeñas, las mejores amigas.

Conocer el alma a través del dolor ha sido una de las experiencias más tristes de mi vida. No alcanzo a comprender. ¿Qué sucedió? ¿Por qué de esta manera? Lo repito, pude esperarlo de Rogelio. Pero ¿de ella? De Andrea nunca lo esperé. El simple hecho de recordar su sonrisa de campeona mundial de fútbol me da escalofrío.

Termino el cigarrillo, lo tiro al piso y lo aplasto fuerte con mi tenis blanco. Imagino que es Rogelio. ¡Quiero deshacerlo!, ¡qué coraje! No quiero que quede nada. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! Necesito dormir. Mi Nana Susi, quien ha estado conmigo desde que nací, al parecer ya está lista para dormir. A lo lejos, miro que apaga la luz de su habitación, la cual está al fondo a la derecha. Mamá y papá no están en casa, como siempre en sus viajes de negocios aburridos. En este caso, me alegro de que no haya nadie más. No sabría qué explicación dar. En silencio, cierro la puerta y un pequeño eco alcanza a escucharse, la casa es tan grande e indiscreta. Paso la primera sala, el ante comedor y subo rápido las escaleras, entro en mi habitación. Cierro la puerta, me recargo de espaldas sobre ella. Me quedo atónita, camino en dirección hacia la bañera, me doy un baño con agua muy fría, trato de asimilar lo sucedido. Después me recuesto sobre mi cama ancha con sábanas de seda y almohadas suaves. Mis cabellos están empapados. Lloro y lloro con un sentimiento extravagante. Grito por debajo de cada una de las almohadas, tratando de asfixiar a mis miedos. No puedo dormir, me siento sobre la cama y a través de mi gran ventana blanca veo la luz inmensa de la luna llena; aquí, en este momento, prometo jamás volver a confiar. ¡Jamás! La vida ya me ha dado

suficiente. Volteo, miro sobre el buró derecho una fotografía y unas flores esqueléticas, marchitas. En la fotografía aparecemos Rogelio y yo saliendo de una boda. Sonrientes y felices, como si todo fuera para siempre. Él con su traje negro y su corbata morada del mismo tono de mi vestido, que lleva solamente un tirante derecho, dejando el hombro izquierdo descubierto. La tomo y se me cae al piso, la recojo. La observo con furia y la rompo desesperada como él rompió mi corazón, en mil pedazos. Me reprocho mil y una veces más. ¿En qué momento fui tan tonta? ¿En qué momento fallé como amiga? ¿Como novia? ¿En realidad esto ha sido mi culpa? Tengo tantas preguntas. A gritos pido a Dios una respuesta, tan solo una. Me hincó, le suplico, pero no logro oír nada. Sin darme cuenta, caigo rendida en un súbito sueño.



OIGO EL RÁPIDO GALOPE DE PERCHERONES NEGROS, que asustados mueven sus hermosas trenzas. Los hombres regocijándose con sus armaduras de acero, matan a cuanto peón se les cruza. Sus feroces máscaras no dejan verles el rostro. Con espada y escudo en brazo, representan a la muerte en cada paso. Abro los ojos y me levanto aterrorizada del suelo. Estoy llena de sangre, no sé a cuantos hombres habré matado hasta ese momento. ¡Los franceses nos han llegado por sorpresa! Tomo mi espada, que está a un metro y medio de distancia, y corro desbocada hacia el castillo. Todo arde en llamas, todos corren de un lado hacia otro, tratan de salvar a sus familias, a sus criaturas, a sus vidas. Los hombres con máscaras de acero llevan en carruajes a mujeres asustadas, golpeadas y violadas. Otros destrozan las chozas y destruyen los puestos de legumbres. La aldea está cayendo. El rey ha desaparecido. Nápoles arde en llamas. Parece como si estuviéramos en el mismo infierno, lleno de pecadores y de almas malvadas queriendo imitar a la justicia por su propia mano. De pronto, oigo casi sobre mí a un percherón; giro veloz y con la espada le corto la mano al hombre que estuvo a punto de

degollarme. Corro asustada buscando refugio. En el puente tropiezo con el cuerpo aún caliente y sin vida de un niño de aproximadamente seis años, mi sangre se aterroriza, resbalo. Me voy directa hasta el fondo del lago, toco los cadáveres que están a mi alrededor. Pienso que es el fin. Ver los cuerpos tiesos con los ojos abiertos de pavor, descuartizados, sin manos, sin piernas. ¡Dios!, ¿dónde estás? Reacciono y subo rápido a la superficie. Siento que alguien me toma cariñosamente de los cabellos, se los enreda entre los dedos, me jala la cabeza y trata de ahogarme, no puedo respirar. Uno de los cadáveres tiesos abre sus ojos, y mi fe cobra sentido. Me muevo con agilidad, trato de sacar esas garras de mis cabellos largos y, con mi espada en mano, alcanzo a herirlo en el brazo izquierdo. El hombre me suelta. Me elevo rápido, escupo el agua que se me estaba metiendo hasta los pulmones y respiro desesperadamente. Me agarro fuerte de las orillas del puente para salir del lago fangoso con sabor a muerte. Salgo, corro hacia el centro del castillo, subo un piso. Necesito encontrar al rey. Volteo hacia atrás... ¡El hombre me está siguiendo! Como si yo fuese su principal objetivo. ¡Y es que así lo es! Él corre tras de mí, rabioso con espada en mano. Dentro del castillo mato a algunos hombres, quienes con rápidos movimientos tratan de degollarme. Ser guerrera, entrenada desde pequeña, es algo que le debo a Fernando II, rey de Nápoles. Oigo un grito aterrador que parece venir del infierno y ahí está un hombre con traje de acero dando fuertes latigazos por la espalda a una mujer. Mi corazón se aflige. Oigo otro grito resonante que se vuelve eco indecente.

—¡Detente! —Él me grita con una furia impecable

Esa voz me suena familiar, me paraliza. Proviene del hombre que desea degollarme a cualquier costo. Estoy parada de espaldas a él, mis piernas están abiertas, tomo posición de combate, oigo cómo corre acelerando el paso, doy media vuelta, estoy a punto de atravesarle y partirle con mi espada en dos. Él da un paso hacia atrás, inclina su cuerpo evitando caer y se tambalea para tomar equilibrio. Yo no puedo verle el rostro.

–¿Quién eres? ¿Qué quieres? –Le pego un grito hasta el cielo. No hay respuesta.

El combate entre la vida y muchas muertes ha comenzado. Me lanza un espadazo directo a mi costilla derecha, lo esquivo, retrocede tres pasos, me acerco dos, oigo su acelerada respiración, nos miramos fijamente a los ojos.

–¿Qué quieres de mí? –insisto. De nuevo sin respuesta

Se descuida un segundo. Le rajo el brazo derecho, un chorro de sangre sale zumbando directo a mi pecho. Mientras él trata de detenerse el sangrado, me da ventaja para correr lejos. Doy vuelta en una esquina de la tercera torre del castillo, guardo silencio, me recargo sobre la pared. Asustada, veo pasar corriendo a los hombres inocentes y las armaduras móviles matándoles. Espero al hombre con la espada desenvainada, lista para matarle y regresar por la reina, quien está en el calabozo. En un suspiro, y sin darme cuenta, el hombre ya tiene sus manos sobre mi cuello, asfixiándome, ya no puedo respirar, es muy fuerte. En medio segundo veo mi vida pasar, las fuerzas se agotan, mi mano se abre y mi espada cae lentamente a la tierra, desnudándome así ante la muerte. Mi fin ha llegado. Siento mi corazón latir cada vez más lento. Distingo una luz hermosa. La silueta de una persona cubierta con un manto blanco me tiende la mano, me invita a caminar con ella a través de ese túnel maravilloso. Ya no oigo gritos, no oigo llantos, no veo armaduras móviles matando; al contrario, siento una paz inexplicable. Necesito esa paz. Veo el infierno muy de cerca. Quiero escapar y correr por el otro túnel, ¡estoy exhausta! Un suspiro me hace abrir los ojos. Oigo por debajo de la máscara de acero un espantoso llanto de lamento. Siento su dolor, lo transmite. Los latidos de mi corazón se estremecen. Yo conozco estas manos. Yo conozco este llanto.

–¿Quién eres? Dame la dignidad de saber quién me arrebató la vida –Le digo

–¡Mi princesa, mi vida entera! Debo hacerlo, no podré vivir con este dolor. Prometo que en nuestra próxima vida estaremos unidos. Nuestras almas se confabularán en algún momento de la eternidad. Este es un pacto de amor eterno. Solo seremos tú y yo. Te amo y te amaré más allá de todos los tiempos, sobre la eternidad, amor mío. –Me dice con tristeza. No tengo oportunidad de decir ni una sola palabra. Vuelvo a suspirar y cierro los ojos esperando la muerte cuando, de pronto, ya no siento su mano apretando mi cuello. **¡Oh, no! Amor mío. Él se ha clavado la daga en el corazón...**



–¡Despierta! ¡Despierta, mi niña! –Nana Susi con voz estresada

Nana Susi me mueve desesperada. Me enderezo de la cama bruscamente. Mi pulso está agitado, respiro muy rápido. Lo primero que hago es abrazarla muy, muy fuerte. Estoy asustada. Ella me regresa el abrazo y me susurra al oído.

–Todo está bien, duerme. Ha sido solo una pesadilla –Me cubro el rostro con las manos, no quiero que me vea así

Me volteo hacia la ventana, me acuesto de nuevo. Por un momento pienso que todo aquello que sucedió con Andrea y Rogelio ha sido una pesadilla. Pero no. Al ver la luna, recuerdo mi promesa. Mis ojos se llenan de lágrimas turbias. En segundos se me viene a la mente la imagen de ese hombre con armadura de acero, no puedo verle el rostro. Recuerdo cómo se clava la daga. Siento un escalofrío desde la punta del pie derecho hasta el último de mis húmedos cabellos. Continúo agitada y, aunque parezca extraño, me llevo las manos al cuello, las yemas de mis dedos lo masajean suavemente. Me duele un poco, justo ahí, donde él me estaba apretando. Cierro mis ojos, los pobres continúan muy hinchados. Necesitaré un kilo de papas y pepinos por la mañana. Guardo la mirada de ese hombre por unos minutos. Esa mirada, esos ojos grisáceos.

El sol toca mi ventana. Una pareja de canarios flauta me despierta. Sus silbidillos alegres molestan a mis miedos, que se escabullen desvelados. Nana entra en la habitación, dando pasos acelerados, hace todo el ruido posible, de un jalón, recorre las cortinas hacia la izquierda.

–Nana, es sábado. No tengo que ir al cole, cierra de nuevo las cortinas, por favor, ¿quieres? –le digo con voz desvelada.

–Lo sé mi niña, pero tus padres están por llegar, tienen un almuerzo importante con unos inversionistas para la venta de una nueva franquicia. Quieren que los acompañes.

–No quiero ir. No me siento bien –Le contesto mientras me tapo la cabeza con las sábanas

–¿Qué te pasa? Anoche estabas muy agitada. ¡Tus ojos están hinchados! No importa que los escondas, los he visto. Llamaré al doctor –Lo dice en tono serio.

–¡No! No le llames, por favor. Estoy bien, simplemente hoy no tengo ánimo de nada. No me preguntes más –Continúo con las sábanas hasta la cabeza.

–¿Es por Rogelio? ¿Te hizo algo? –Nana esta molesta.

–No, Nana, no quiero hablar de él ahora. Solo, por favor, habla con mis papás, díles que tengo que hacer un trabajo para el colegio y que ceno con ellos esta noche. O si no, almorzamos mañana. Por favor, Nana. –Le digo mientras saco la cabeza de las sábanas.

–Está bien, mi niña. Lo haré porque tu carita no está nada bien. Sé que algo sucedió con Rogelio. Te mandó rosas muy temprano, ya las puse en agua. Bueno, no quieres hablar. Ya me contarás. Descansa este día. –Me deja un café doble sin azúcar sobre la mesita que está a lado de la puerta. Sale de la habitación.

Me enderezo. Así que Rogelio me envió flores. ¡Sinvergüenza y descarado! ¡Cómo se atreve!

Hoy sábado, es un día ambiciosamente depresivo. No tengo apetito. Escucho la sonata Claro de luna de Beethoven. Y quiero otro cigarrillo. «¿Qué

te pasa, Miranda? ¡Tú no fumas!», me dice una vocecita que jamás había escuchado antes. ¿El alma habla?

Tomo mi celular y tengo cerca de cuarenta y cinco llamadas de Rogelio y varios mensajes de voz que no pienso ni escuchar.

Mensajes de texto: Te extraño, ¿podemos hablar? ¡Contesta, cariño!
¡Contesta, cariño! ¡Contesta, cariño!

Arrojo el celular al piso. Alargo los brazos, tomo el portátil, lo coloco sobre las piernas y lo enciendo. Contraseña. ¡Qué horror! Ahorita mismo la cambio. Por lo pronto la introduzco: Rogelioteamo. Entro y ahí está en el escritorio el perfecto fondo de pantalla: Rogelio sonriendo. Abro de inmediato mis páginas sociales. Diez tuits con: «¡PERDONAR ES DE CORAZONES GRANDES! Como el de @MirandaRiue». Esto tiene quince favoritos y dos RT. Redes sociales: «¡Amo a mi novia MirandaRiue!». Y encima, a todas mis amigas se les dio por comentar que somos la pareja perfecta. Mis ojos se vuelven a cristalizar, tuerzo los labios y me abraza una rabia inmensa. ¡De verdad que es un cínico! Mi inconsciente me traiciona y tecleo en amigos: Andrea Reguee. ¡Y la muy hija de puta me ha eliminado! La rabia me contrae el estómago y me corroe por todo el cuerpo. Furiosa cierro el portátil. ¡Y por un largo período, no pienso volver a encenderlo! No.

Definitivamente cualquier vínculo entre Rogelio y yo queda bloqueado. Nuestra relación ha llegado a su fin, fue su decisión. Regreso a la cama. Me tiro en ella.

Son las diez y media de la noche. He pasado todo el viendo series por

televisión, esto es lo único que me distrae y hace olvidarme de la realidad. Me levanto descalza. Siento la alfombra como si estuviera en una nube, suave, suave. Me deslizo en ella y entro al baño. Abro la llave de la tina. Comienza a llenarse con agua tibia e introduzco algunas fragancias de jazmín para relajarme. Me dispongo a meterme cuando me topo conmigo frente al espejo. Froto el vapor con la mano derecha y noto en mi cuello un moretón. ¡Dios!, ¿pero qué es esto? Lo toco y duele. Mis ojos están hinchados, mi cabello largo negro enmarañado. Mi nariz resignada esta roja e irritada. Mis dieciocho años parecen treinta. La depresión afecta interna y externamente, sin duda. Duchándome, recapitulo el trágico día de ayer, trato de encontrar algún momento en el que me hubiese golpeado con algo. ¡Pero qué va! No puedo tener un moretón por un sueño. Por alguien a quien... ¡Va! Claro que no. Mejor lo cubro. No quiero que me hagan preguntas cuando en realidad no tengo respuesta certera. Salgo de ducharme. De nuevo no me seco el cabello, queda empapado. Enciendo el televisor y está iniciando la película de Ghost. Me gusta tanto... ¡Cuánto amor, por Dios! No puedo soportarlo, esa canción Unchained Melody de Righteous Brothers me desbarata. Así que mejor la apago. Con todo ese barro, a mí lo único que se me ocurre hacer es enterrar a Rogelio. Me recuesto sobre la suave alfombra, duermo.

Es de mañana y el primer pensamiento pasa por mi mente confusa: Ya no iré al colegio. No por ahora. Dejaré el semestre a la mitad y regresaré hasta el próximo año. Es la decisión más sabia que puedo tomar. No estoy preparada para enfrentar mi situación. A diferencia de Andrea, yo no puedo ser tan frívola, tan hipócrita, ¡tan zorra! Ni siquiera puedo odiarla por lo que acaba de hacer. Pero tampoco puedo perdonarla y fingir que no me ha dolido. Necesito estar lejos de todo, lejos de ellos. No soportaré compartir las mismas clases, tan aburridas por cierto. Simplemente, ¡no puedo! ¡No quiero!. Me ducho rápidamente con la misma agua fría que me recuerda la mirada de Andrea y me tapizo las ojeras con corrector. Mis padres podrían hacerme preguntas que no quiero contestar. Mi padre está sentado en la cabecera del comedor de diez sillas y mi madre está a su lado derecho. Llego y me siento. Están muy guapos esta mañana. Mi madre lleva un vestido rosa hasta las rodillas, con el cabello liso rubio por un lado recogido con un broche dorado. Mi padre lleva unos

jeans cómodos con una guayabera blanca. Al fin y al cabo, es domingo. Ambos están desayunando lo mismo de siempre: café negro, pan dulce y en el centro de la mesa está un plato grande con frutas: papaya, melón, kiwi, uvas, durazno, mango, etc. La mesa se ve muy colorida. Me sirvo una taza de café mientras que mamá voltea a verme con una sonrisa encantadora y un brillo en las pupilas que me hace recordar cuánto me ama. Luce extraordinariamente bella.

–Buenos días, mi amor. ¿Te sientes mal? Mira tu carita –mamá suena un poco preocupada

–Buenos días, mamá. Sí, me siento un poco mal. La verdad es que no he dormido nada bien

–Pues descansa. Mañana, si no te sientes bien, no tienes que ir al colegio. Primero es tu salud, mi niña. Por cierto, Andrea te llamó muy temprano. Insistió en que te despertáramos. Le di el teléfono a Nana y no sé si hablaste con ella, preguntaba por un bolso –es evidente que mamá no sabe nada

–¡Ah! Andrea. No, no hablé con ella, estaba dormida. Más tarde la llamo –finjo que todo está bien. ¡Rayos! ¡Qué difícil es engañar a mis papás!.

–Hija, tu mami y yo estaremos un mes fuera de casa. Tenemos unas franquicias que vender en Colombia y Venezuela. ¡El negocio va muy bien! Deberías interesarte un poco más en él. Bueno, todo en su tiempo –papá, echándome su mirada cariñosa

Papá realmente es un rejonador brillante para los negocios. Y no es suerte, sino que trabaja tanto. ¿Quién se le puede resistir? Mamá me sonrío. Están muy contentos. No tengo por qué amargarles su felicidad con la infidelidad de Rogelio. Sinceramente, pensaba decirles que dejaré el colegio por unos meses. Pero ahora que no estarán, igual se los puedo decir a su regreso. Nana no dirá nada. De hecho, sería una muy buena idea que se fuera de vacaciones a su pueblo.

–Está bien, papá, me imagino que deben de tener mucho trabajo. No se preocupen por mí, todo estará bien –trato de escucharme tranquila y creo que lo logro

–Lo sabemos, hija, lo sabemos –me dice mamá mientras me toma de la mano y la aprieta dulcemente.

Me levanto de la mesa, con ganas de no levantarme. Me acerco a mis padres, les doy un fuerte abrazo a cada uno, les deseo un viaje excelente lleno de éxitos. Ellos corresponden cariñosamente a mis brazos, me dicen lo mucho que me extrañarán. Mis papás trabajan mucho para darme lo mejor. Tengo los mejores padres del mundo, me provoca paz su ternura, su amor. Aunque estamos muy acostumbrados a vernos poco.

Mi abuela María Francisca era chef. En aquellos tiempos abrió un restaurante, Delicias del Norte. Inició una fonda pequeña que con el tiempo tuvo tanto éxito que mi papá entró a trabajar con ella. Así creció más y al cabo de los pocos años abrieron otros dos restaurantes Delicias del Norte en diferentes ciudades del país. Cuando mi abuela falleció, un señor muy elegante, de avanzada edad con anteojos muy grandes y de humor simpático, yo era muy pequeña, pero lo recuerdo bien, se acercó a mi padre para

preguntarle por cuánto le vendería el restaurante. Realmente le fascinaba la comida. Tenía un acento pintoresco. Entonces oí que mi madre dijo que ese señor elegante era francés. Mi padre, más inteligente, decidió vender franquicias y el señor francés fue su primer buen cliente. De esta manera el negocio se extendió, vendiendo franquicias por todos los países de Latinoamérica y algunas cuantas más en el viejo continente europeo. La comida mexicana es considerada como una de las comidas más exquisitas del mundo. Comida picante y original. El éxito continúa en la familia. El único inconveniente, claro, desde mi punto de vista, es que mis padres siempre están ocupados. A veces no se dan cuenta de lo que me sucede.

Mientras estaba con mis padres, me llamó Carolina. Aparte de ser mi prima, es una muy buena amiga. Seguro que está de paso por la ciudad y vendrá a visitarme. La llamaré mas tarde. Salgo a caminar cerca de casa, necesito dar un paseo, despejar mi mente. Cruzo al pequeño parque y me siento en medio de la primera banca vieja que encuentro. No deseo compartir espacio con nadie más. Mis miedos se quedan de pie. Miro hacia la banca de la izquierda y está una pareja. ¿Serán novios? No lo sé. Están junto a un arbusto casi sin hojas, besándose apasionadamente. El otoño entra fuerte. Frente a mí pasan varias chicas de la mano. Va una chica de jeans con blusa rosa; su cabello se menea despacio al compás de sus pasos mientras le susurra a su amiga lo guapo que es el chico de short celeste, el que está sentado en el otro extremo del parque. El chico, ruborizado, las mira y les sonríe coquetamente. Las dos le regresan la sonrisa, se miran a los ojos y la chica de blusa rosa da un pequeño brinquito de felicidad. Todas las personas que pasan me sonrín. Yo no les regreso la sonrisa, ¿es que no me sale! Los niños juegan muy entretenidos en la arena, con sus palitas, haciendo castillos. Otros lloran porque quieren un helado. El carrito de los helados no ha dejado de sonar con su música, que ya comienza a fastidiarme. Esta tarde el sol no quema. Parece que el cielo se va a nublar. Pasa un chico de anteojos ovalados con rosas rojas y globos. Camina emocionado, rápido, como queriendo correr, queriendo llegar. Seguro que le llevará todo eso a su novia. En los parques todas las personas son felices, ríen, cantan, se toman de las manos, leen libros, escuchan música, se coquetean. Si quieres vivir en un mundo feliz, ven al parque. En mi

cabeza, la nueva vocecita comienza a bombardearme, no me queda mas que escucharla. No importa cuántos defectos pueda tener alguien. Soy consciente de que nadie es perfecto y de que debemos aceptar a las personas como son, sin juzgarlas. Hay que dar todo sin esperar nada a cambio. Aquí está mi error. Esperé la misma sinceridad en esta amistad, el mismo amor en esta relación. Esperé lo mismo que yo entregaba. Debo comprender que el secreto está en no esperar nada a cambio. La vida es dura en este aspecto. Las personas entran a tu vida, crean una revolución y salen de ella. ¿Y nosotros? ¿Y yo? Yo me quedo aquí, totalmente hecha un lío, confundida. Es que el amor no se acaba de un día para otro. Pero la relación sí y la amistad también. Qué difícil.

A lo lejos veo de nuevo al indigente. Parece que me vio primero, porque viene directo para acá. Buena suerte, traigo unas monedas en mi bolsillo.

–¿Se siente usted mejor? –me pregunta el indigente

–Al parecer –le contesto con un tono fingido. Me recorro a la derecha para que él pueda sentarse

–Las cosas nunca son lo que parecen ser. Y lo peor, es que las personas tampoco lo somos –me dice con voz relajada mientras toma asiento reclinándose hacia el lado izquierdo de la banca

–¿A qué se refiere usted? –le pregunto y le entrego las monedas. Él las toma con un gesto de agradecimiento

–Señorita, las personas a veces somos inconscientes de nuestros actos

–Las personas son malas –le digo con resentimiento

–No precisamente, pero todos cargamos karmas que a veces no podemos controlar. Nacemos con ellos. Y al final del camino, la única salida es sanarnos. Que no la distraigan sus miedos

Me quedo perpleja sin decir una sola palabra mientras él se levanta y continúa su camino. Lo observo alejarse hasta que se pierde entre el montón de gente feliz. Las personas a veces somos inconscientes de nuestros actos, ¿que significa? Suena mi móvil

–¡Querida Miranda! –es Caro, mi prima.

–¿Carolina? ¿Prima? Estuve a punto de llamarte...

–¿Cómo estás, muñeca? Qué gusto saber de ti. Estoy de paso por la ciudad, me quedaré algunos días. ¡Quiero verte ya! –Caro es muy efusiva

–Claro que sí, Caro, te espero en casa. De hecho no tengo colegio y mis papás no están. Tengo muchas cosas que contarte, necesito hablar –trato de imitar su efusividad

–¿Qué sucede, muñeca? No te escuchas muy bien. Mañana mismo estoy contigo. ¡Te mando besitos! –termina la llamada.

Las personas entran a tu vida, te descontrolan y después desaparecen como si nada, dejando un abismo de tristeza y un miedo profundo. ¿Por qué los humanos somos tan complicados? ¡Uff! No cabe duda de que cuando la vida quiere joder, jode.

Caro mi prima, es una chica muy extrovertida. Viaja todo el tiempo. Mis tíos dicen que es una trotamundos. A ella le gustan mucho los temas esotéricos sobre las auras, la energía, los guías o gurús, como ella les dice. Es muy linda, blanca, de cabello oscuro, delgada y de estatura mediana, dicen que parecemos hermanas, es un cumplido. Mañana tendremos mucho de qué hablar. Y más ahora, que le acabo de dar a Nana todos los días libres que desee para que se vaya a su pueblo, y que disfrute a su familia. Tenía cerca de un año sin visitarlos. Es espantoso no ver a tu familia durante tanto tiempo. Yo lo sé. La noche cae, mis ojos se cierran.



EL VIENTO FUERTE Y FRÍO ABRE MIS PÁRPADOS, LAS pestañas se despegan y los vellos de los brazos se me erizan, me hacen reaccionar. Miro alrededor, siento la brisa entrar por los poros abiertos de mi piel. Estoy sentada en la orilla de una gran montaña frente al mar Mediterráneo de Nápoles. El cielo, elegante, viste de color gris oscuro. Una tormenta se avecina. Las olas altas, de cinco metros de altura, se descargan con furia en las orillas de la montaña para después regresar poderosas a esconderse dentro

del mar. Cierro los ojos y siento mi largo cabello volando y enmarañándose descontroladamente. Continúo sentada con la mirada fija hacia el infinito, hasta donde el mar y cielo se unen y se vuelven un misterio puro. Hoy es un grandioso día. El rey me impuso tres combates y he salido victoriosa en todos. De pronto, mi corazón da un salto, se acelera, siento la presencia de alguien. Me observa, no sé cuánto tiempo lleva ahí, escondido entre el bosque.

Oigo sus pisadas, está acercándose, Continúo inmóvil. Camina lento, pretende volar y no puede. Sin que la capa permita ver mis movimientos, despacio tomo mi espada, estoy lista para dar un salto y atacarlo. En fracciones de segundos una ola se levanta altísima y con esa misma intensidad me elevo, no sé de qué manera, pero muevo rápidamente mis pies. Lo veo, está a tres metros de mí. Se detiene. Es un hombre alto, blanco, en su mano lleva la espada desenvainada. Viste como un peón. Pero su postura me alerta. No lo es.

–No he venido a hacerle daño, princesa, baje su espada –Me dice mientras guarda la espada y continúa caminando lento hacia mí

–¿Quién eres? ¿Qué deseas? –estoy en posición de combate

–Solo estoy de paso, perdido. La vi y me detuve –se detiene a medio metro de mí

–¿Quién me garantiza que no eres un francés?

–Nadie, porque sí lo soy. Pero no estoy aquí para hacerle daño. Se lo

repito –nos miramos a los ojos por unos minutos. Mi instinto me hace bajar la guardia

–¿Puedo? –Me dice y echa una brava mirada a mi lado, indicando que desea postrarse aquí

–Sí, puede

El hombre se acerca lentamente. Doy unos pasos hacia atrás. Llegamos a la orilla del abismo. Se detiene a mi lado. Siento una corriente eléctrica que me zarandea. Es imposible dejar de contemplarlo, barba fina, grandes y carnosos labios que aprietan una sonrisa escandalosa, la nariz recta, ojos grises con ceja tupida. Su rostro es lo más cercano a la perfección. Sus manos tratan de tomar mi mano pequeña. Me mira fijamente. El silencio habla más que nosotros. El mar sorprendido, el cielo asustado, la tierra árida, ese hombre desconocido y yo, todos nos volvemos uno. De manera imprudente, él inicia una conversación sobre las leyendas de las lenguas más antiguas del mundo, los grandes tesoros de las minas de hierro de Vizcaya, sus tantas historias de naufragios. Hablamos mucho tiempo. La noche cae. La noche nos domina. Necesito regresar al castillo. No quiero que el rey se enfade y envíe a los guardias a buscarme. Volteo a verle. Tímidamente lo invito a acompañarme, pero se rehúsa. Insiste en que debe continuar su camino. ¿Cuál será su camino? Estamos de pie frente a frente, demasiado cerca. Lleva su mano derecha sobre mi pómulo izquierdo, siento sus yemas rasposas trazando rutas secretas sobre mi rostro. Se detienen en mi barbilla, la aprietan y la elevan un poco, nariz con nariz. Inhalo su exhalación y me invita hasta tal punto, que no puedo controlar. De inmediato toma con su mano izquierda mi cintura, abarcándome completamente y me estruja hasta pegar mi cuerpo al suyo. Mi mirada enardecida está clavada en sus desafiantes pupilas. Automáticamente mis ojos se cierran y siento sus carnosos labios tocando los míos. Mis brazos lo sujetan por el cuello. Las olas alertan, el mar se ha

enfurecido.

Se hinca en una rodilla ante mí, me besa la mano. **Camina hacia atrás, alejándose, sin darme la espalda y se va.**



¡Santo Dios! Qué sueño tan profundo. Me enderezo, aún escucho las olas del mar embravecido, veo el reloj. Son las cuatro de la mañana. Cierro la ventana. Voy a la cocina por un vaso de agua. Parecía tan real. Me toco los labios, creo que aún siento sus labios. ¿Quién es ese hombre? ¡Espera! es el mismo hombre del sueño de hace días. Sus ojos. Sí, sí lo es. Estoy sonriendo. ¿Qué me sucede? Es solo un sueño. Sí, solo eso. Regreso a mi cama, el insomnio quiere tomar partida. El bonche de preguntas regresa a mi cabeza. Esta vez prefiero esquivarlo y concentrarme en el rostro de ese hombre. ¿Dónde más lo he visto? Mis miedos están asustados, los acalambra mi sonrisa.

¡Son las siete de la mañana! ¿Quién demonios toca el timbre con tanta insistencia? ¡Ah! Debe de ser Caro. No hay nadie en casa. Salgo rápido de la cama.

–¡Muñeca! –Me dice Caro.

—¡Prima! Pasa, por favor, en un momento suben tus maletas. Te aviso que, para variar, mis papás no están en casa y le he dado a Nana vacaciones — le digo mientras me da un fuerte abrazo. Caminamos hacia la sala.

—Qué gusto verte después de casi dos años. ¿Qué te pasa? Te conozco, ¡Mira tu aura! Entre negra y gris. Estás triste, muñeca, conmigo no puedes fingir

Aunque no me guste, tengo que reconocer que Caro siempre tiene razón. No puedo más. Me tiro a llorar como niña de tres años a quien le acaban de quitar su paleta payaso. Ella me abraza muy fuerte, puedo sentir calma. Nos sentamos en la sala, mis miedos se hacen a un lado. Le cuento toda la tragicomedia perfecta. Ella conoce a Andrea y me confiesa que siempre ha sido muy evidente la mala vibra que Andrea tiene sobre mí. Pero no quiso decirme nada. Conversamos y me explica que cada quien tenemos que vivir nuestras propias experiencias y asumir las consecuencias para poder avanzar a un plano superior. No es buena idea que alguien más venga a vivir las por nosotros o que trate de evitarlas. Cada ser humano es responsable de asumirlas y salir adelante; de otra manera, estaríamos siempre estancados. No hay situaciones malas, ni buenas. Solo son «experiencias» y, cada experiencia significa una oportunidad para adquirir sabiduría. Esas cosas malas que nos suceden son realmente necesarias. Y de alguna manera debemos de estar agradecidos a la vida por ello. Son parte de nuestro crecimiento espiritual. Me tranquiliza mucho escucharla. Siempre encuentra las palabras exactas para hacerme sentir mejor. Ella jura que recorre todas las ciudades que su alma antigua le dice. Es un poco loca. Pero la respeto y adoro.

—Así que ponte guapita y vamos a dar una vuelta. Tengo mucho de no venir a Ciudad de México. Aparte de estar contigo, tengo reunión con Nanaki— Nos levantamos del sillón.

–Sí Caro, estoy lista en unos minutos. Tú instálate en la habitación que más te guste. Espera, ¿quién es Nanaki? –le pregunto

–Ya te contaré. Vamos, ponte guapita.

Esa tarde salimos a pasear por los lugares emblemáticos de Ciudad de México. Vamos primero a comer a nuestro restaurante familiar Delicias del Norte. Está hasta el tope de gente. Nos sentamos en la azotea. Disfruto ver a las personas pasar y disfrutar del hermoso día. Después vamos a caminar al Zócalo. Caro toma muchas fotografías. De ahí, a recorrer San Ángel. Compro un bolso amarillo de alguna piel. ¿Me gusta? En realidad no. Ni siquiera sé por qué lo compro, pero bueno. Pasamos rápido por Polanco y nos detenemos en una librería. Caro compra unos libros esotéricos, ella y su apasionante ideología sobre el karma. De ahí, la llevo a conocer mi colonia favorita, Roma. Roma está repleta de fantasmas reales que yacen aquí desde hace muchos siglos. Caminas y respiras otras vidas. Imagino tantas historias que debieron de haber sucedido justo aquí, donde estamos sentadas. Al final decidimos llegar a tomar té a La Maisson de Caravanseraï. Caro aprovecha la tranquilidad de la tarde para contarme sus viajes por África, Holanda, Tailandia y muchos países que suenan bastante afrodisiacos. Mientras ella habla y habla de los problemas sociales que están acabando con la humanidad y las guerras entre Arabia Saudita e Israel, mi mente se aleja. Se va directa al rostro de ese hombre besándome en la cúspide de la montaña de Nápoles.

–¿Me estás poniendo atención, muñeca?

–Este... sí, me decías que los bares místicos de Ámsterdam... –
parpadeo tres veces y regreso al momento

–En realidad te estaba hablando de las muchas enfermedades que se dan en África. ¿En dónde estabas?

–Estoy aquí... –mi voz tambalea

–Sabes a lo que me refiero. Tienes que sacarte a Rogelio de la cabeza. Porque estoy casi segura de que ni siquiera lo tuviste en tu corazón. Haber cambiado tu número de celular ha sido de mucha ayuda. ¿Hay algo más? Andrea ya no está y ya no va a estar. Tienes que ser fuerte y dejarle ir, ella ya escogió su camino, y no fue continuar a tu lado. Tú ¿por qué demonios quieres estar con alguien que no quiere estar contigo? Disculpádmeme que te lo diga, pero el auto castigo ya no está de moda

–En realidad no estaba pensando en eso

–¿Ah, no? ¿Entonces?

–¿Qué te parece si regresamos a casa y nos echamos una buena botella de Campomaccione, de un viñero de cosecha 1970? –cambio la plática. Cuando se trata de buenos vinos, esto resulta encantador

–Buenísima idea. Estoy agotada, hemos caminado bastante. ¿Pero me prometes que me contarás? –me pregunta Caro

–Sí, prometo que lo haré

Llegamos a casa.

–Ahora, en esta etapa de la vida estas viviendo tu Tikún a flor de piel, en su máximo –me dice Caro sonriendo, la miro extrañada y continúa –el Tikún nos muestra como nuestro pasado influye en nuestro presente y, por lo general lo reconoces porque es el momento o la situación mas difícil por la que atravesamos en nuestra vida. Cuando digo pasado, me refiero a una vida pasada. El propósito de nuestra reencarnación es corregir nuestro Tikún.

Nos bebemos casi toda la botella. Me siento mareada. No entiendo bien a Caro, quizá ya se le subió un poco el vino. Ella continúa hablando cosas extrañas mientras finjo que la entiendo. El fuego de la chimenea me arrulla. Caigo rendida.



ESTAMOS EN UNA MESA RECTANGULAR, LLENA DE deliciosos platillos de reses y puercos, pavos y patos, legumbres y frutas, deliciosos vinos. En la pared cuelgan ocho antorchas encendidas. En un extremo está sentado el rey Fernando II, rey de Nápoles. Me observa. No ha probado bocado. Yo, sentada sobre el otro extremo, apenas tomo el pato, que está un poco duro. El cerdo no me gusta.

¿Qué tanto me ve? Formo parte de su círculo de máxima seguridad y confianza. Mi rebeldía es asunto muy aparte.

–¿Cuántos combates ganaste hoy? –me pregunta el rey quien Inclina la cabeza hacia la izquierda y me mira fijamente

–Tuve tres y salí victoriosa en todos ellos –mi ego se levanta hasta el cielo.

–¿Quién era ese hombre?

–No sé a quién te refieres –casi me atraganto con el pato

–Sí lo sabes... –rápidamente me paro de la mesa y me disculpo. Miento y digo que estoy muy cansada y necesito dormir

–Ten cuidado, ¡casi entramos en guerra! –alza la voz

No le contesto, eso ya lo sabemos. Soy la mejor guerrera que el ejército de Nápoles pueda tener. Sé cómo cuidarme. Sé de quién cuidarme. Ordeno que preparen mi percherón blanco y salgo a galopar con el frío de la noche. Necesito distracción. Ese hombre desconocido ya se ha adueñado completamente de mi mente. Me pone vulnerable. Ese es el coraje del amor.

Ser totalmente vulnerable.

Entro eufórica en el bosque, en la oscuridad. Veo una fogata. Bajo lentamente del percherón, lo amarro a un pino y camino despacio. Me escondo tras los pastos. Lo veo. Ahí está él. Es el hombre que me ha besado. Rápido toma su espada. Me oyó.

–¡Sal de ahí seas quien seas! –tira un grito retador

Recuerdo las palabras de mi rey: «Ten cuidado, ¡casi estamos en guerra!». Llevo mi mano a la espada, y salgo de entre la noche. Él sonrío

– Eres tú, princesa –guarda su espada

–Sabes que no soy una princesa –guardo mi espada y camino nerviosa hacia él

–Vives en el castillo

–Eso no significa que sea una princesa. Soy una guerrera del castillo, la mejor por cierto –le digo mientras me sirve vino caliente en una taza vieja y, rozando sus yemas rasposas con las palmas de mis manos, me la entrega. El momento me electrifica.

Hace frío. Él trata de colocar su abrigo de leopardo sobre mi espalda, pero rechazo su gesto. Bruscamente me toma de las caderas, me pega a su cuerpo y sube las manos hasta mi cintura, las detiene ahí, nuevamente mis ojos están hipnotizados por sus pupilas. Su boca pervierte a mis labios y los besa con ternura. Mis manos se escurren por sus brazos y con respiraciones cada vez más rápidas lo tomo por el cuello, le saco el abrigo y lo coloco a un lado del fuego. Le deseo como jamás he deseado a nadie. Desabrocho cada botón de su camisa y nuestros torsos desnudos se confabulan. Caemos sobre la tierra húmeda, me besa hasta las penas. Volteo y veo el cielo. La luna llena está justo sobre nosotros, provocándonos aún más con su intensa luz. A lo lejos aúllan los coyotes. **Y entre el momento y el tiempo estallo en mil pedazos placenteros.**



El sol radiante y sonriente entra por la ventana. Es muy temprano, ¿las siete de la mañana? El olor a café me hace abrir los ojos y sentir esa cruda resaca que hace mucho tiempo no sentía. Paso saliva y me da un tremendo asco. Me levanto y sin pensarlo ya estoy en la tina del baño. Antes vomité hasta la conciencia. Regreso y tomo café. Caro se ríe de mí. ¡Cómo le encanta hacer gracia conmigo! Nos preparamos rápido y salimos de casa. Caro insiste en conducir. «Tendremos que ir dirección a Puebla», dice con un tono de voz serio.

El camino se me hace eterno. El estómago y cabeza me dan vueltas casi a la misma velocidad que los neumáticos del tráiler con doble caja que viene a lado. Paramos más de una vez. Necesitaba vomitar. Pasan casi dos horas y, por fin, hemos llegado a Puebla. Paramos en una aldea. No había oído hablar de

ella, Itzalco. Pasamos un gran tramo de terracería. Alrededor se puede observar esa gente que me gusta, la gente que trabaja en el campo, fuerte, con pechos y brazos de hierro. Nos detenemos en una casa pequeña de madera. Aun sin pintar, el lugar no se ve mal. Bajamos del auto, apenas abro la puerta y el olor a incienso me penetra hasta las entrañas. ¿Jazmín o naranjo? Para mi gusto, es algo fuerte. La casa tiene una entrada rodeada de un gran jardín con flores otoñales, hermosas. Tres mecedoras de madera, una puerta vieja junto a la cual hay una pequeña campana. Caro tira de ella. El ¡ding! ¡ding! acompañado de un grito chillante, ¡Nanaki!, rompe el silencio. De adentro se oye una voz tenue: «¡Pasa, pasen!». Caro abre la puerta vieja de madera. Y ahí, frente a nosotras, está sobre unos cojines un hombre sentado en el piso. Nos sonrío tiernamente. Irradia confianza y amor. Tiene aproximadamente sesenta y ocho años, quizá setenta. Es difícil tener certeza. Sus ojos son claros, como la miel de un panal. Es muy delgado y alto. Sus huesos no deben de pesar más de setenta y dos kilos. Pestañas largas y nariz pequeña. Lleva puestos unos pantalones blancos de lana y tiene dos aretes en la oreja izquierda. No lleva camisa. Traté de contarle las pecas, pero son demasiadas.

–¿Él es un guía espiritual, un gurú? –le pregunto

–Cállate y camina –asiente con la mirada

Como mencioné antes, toda la casa es de madera, color café oscuro. La habitación es muy grande, con un pasillo al fondo. Está dividida en dos partes y la separa una cortina de bambú. La primera división, donde entramos, está cubierta con una alfombra café, muy limpia por cierto. Sobre la alfombra hay cuatro cojines morados. A la derecha hay cinco plantas naturales, una seguida de otra. En la pared izquierda esta una ventana la cual permite ver hacia el campo, cubierta con una cortina blanca, muy delgada, que baila al compás del viento y deja entrar cada mañana a los hermosos rayos del sol. ¡Qué dicha! Sobre las cuatro paredes están colgados muchos cuadros, retratos, fotografías.

Algunas muy antiguas. En todas ellas esta Nanaki con diferentes personas. La mayoría lucen muy importantes, con sus trajes y corbatas, en casas lujosas. Otras más normales, como Caro y yo. Tiene fotografías con reyes y con soldados. Algunos ministros y jueces. Al ver todas estas fotografías, lo primero que me pasa por la mente es que Nanaki debe de ser una persona muy importante. Del techo cuelga un abanico con cuatro astas y un foco. Están apagados. El aire y la luz que entran por la enorme ventana son suficientes. Aproximadamente a dos metros de los cojines, detrás de donde Nanaki se encuentra sentado, hay una barra con tres bancos. Sobre la barra hay libros, vinos, tres vasos cristalinos que lucen medios ásperos y usados. Una grabadora que emite sonidos naturales, aves y cascadas. Siento una armonía tremenda. Mientras yo escaneo el lugar, él no deja de sonreír. Desconozco qué habrá más allá del pasillo.

Caro voltea, me ve y habla con la mirada. Dice: «¡Sonríe y siéntate!». He aprendido el abecedario de sus expresiones.

–¿Cómo estás, amor? –le pregunta Nanaki a Caro

–Estoy muy bien. Extrañaba tanto el olor a naranjo –ella lo toma por las dos manos e inclina un poco el torso

–Sé que has estado bien. De otra manera ya hubieras venido antes a buscarme –los dos ríen sutilmente

–Tenía pensado pasar a visitarte, pero ahora...–Caro me mira

–Ah, ¿cuál es tu nombre, princesa? –se dirige hacia mí antes de que Caro termine de hablar y clava su dulce mirada directa a mis ojos, como si dentro de ellos pudiese ver algo. ¡Me da nervio! Inclino mi cabeza

–Me llamo Miranda, soy prima de Carolina. Escuche, Nanaki, yo no sé si esto de venir –tartamudeo un poco

–No te preocupes, tranquila, todo está bien –me sujeta de las manos. Comienza a darnos indicaciones

–Cierren sus ojos. Sientan la brisa, sientan el aire que se detiene en su piel, el olor a campo que las lleva...

–Espere, ¿qué vamos a hacer? –interrumpo incrédula

–Meditar, princesa. La meditación es un estado de conciencia que es anterior a la mente. A través de ella podrás llegar a ti, a tu alma, desprendiendo patrones virtuales

–¡Entonces el alma sí existe! –lo valido

–Lo que es real «jamás» deja de existir. La muerte es apenas un alivio.

Me recuesto. Nanaki comienza a darnos indicaciones de cómo inhalar y exhalar.

Llueve, las gotas se resbalan por las hojas de los árboles y retumban en mis oídos como eco, me arrullan. El olor a tierra mojada combinada con naranjo, la música natural que está al fondo, la oscuridad dentro de mis ojos... Escucho a Nanaki hablar y hablar lentamente, ya no sé qué dice. De repente, ya no veo nada, ya no escucho nada.



¡UN TRUENO FUERTE CASI ME REVIENTA LOS TÍMPANOS! Me abre los ojos. Estoy aquí, acostada en un lugar familiarmente extraño. Me levanto y enciendo un candil. Hago estas cosas como de costumbre. Mi cuerpo no piensa las acciones. Inconscientemente sé dónde se encuentra lo que necesito. Busco un reloj, no hay, deben de ser media noche. Mi cama es grande con cortinas que cuelgan de ella y altos brazos de oro. ¡Tengo una cama de oro! Camino hacia el balcón, sosteniendo el candil. Me tropiezo con la tina de baño, estoy bien. Oigo un ruido, alguien arroja pequeñas piedras sobre el balcón. Me asomo y ahí está él. Ese hombre de ojos grises como la noche, con una sonrisa me invita a bajar. Salgo en silencio de la habitación y me dirijo hacia la puerta principal cuando oigo ¡un grito escalofriante! Me congelo. Los gritos no cesan, parece que están torturando a alguien. Cambio mi dirección y, en lugar de salir corriendo para encontrarme con mi amado desconocido, me dirijo hacia el lugar de donde provienen los gritos. Llego a la puerta principal del calabozo. A un lado está parado un guardia del castillo.

–¿A dónde se dirige? –me pregunta el guardia

–¿Quién es la mujer que grita? –le respondo con una pregunta

–Su majestad me envió para cuidarla desde hace varias noches. Le sugiero que regrese a su habitación

–¿Quién es la mujer que está adentro? –repito

–Vuelva a su habitación –toma su postura. No dice más palabras.

Me rehúso escucharlo y camino en dirección al lugar de donde provienen los gritos. No veo bien y este candil no alumbra lo suficiente. Abro la puerta. Los gritos se detienen y una corazonada me hace dar un paso hacia atrás. Sé que aquí suceden cosas extrañas, que en este lugar, Nápoles, y en tiempos de guerra suceden cosas muy malas en las cuales no puedo intervenir. Podría costarme la vida. El rey es una persona sabia y de respeto, no puedo atravesarme ante sus asuntos y decisiones, pero si esta mujer... ¿y si esta mujer fuera yo? No, no puedo. Giro y salgo a paso veloz, abriendo puerta tras puerta hasta llegar a la entrada principal. Siento un aire congelado entrar por mis pulmones, y él ya no está, debí de tardar demasiado. Lo busco por todas partes, lo busco con ansiedad, trato de encontrarle una vez más. Pero nada, solo hay vacío, lluvia y noche. La tormenta se calma y me empapo de agua completamente. Esta noche, hasta la luna salió despavorida. El guardia vuelve a aparecer. ¿Que no piensa dejarme en paz?

–¿Necesita algo?

–Sí, ¡que dejes de seguirme! Sé cuidarme sola

Regreso desconcertada a la habitación. El candil rompe la oscuridad y el viento me anuncia que las dos ventanas están abiertas de par en par. De inmediato cierro una ventana, me siento en la cama y oigo una voz que me deja perpleja.

–Fue más rápido subir a que usted bajara, mi princesa –sonríe

–¿Cómo has llegado hasta aquí?

*–Eso no tiene importancia, siempre regresamos a donde pertenecemos
¿Cierto? –Me acerco y casi lo beso*

–Nunca antes le mencioné mi nombre, soy Diego

–Y yo... Isabella

–Mi bella –Pone su nariz sobre mi nariz

–¿Te ha enviado el rey Carlos VIII de Francia? –le pregunto mientras doy tres pasos hacia atrás, tomo mi espada, la cual está a un lado de la cama, y la elevo hasta su garganta. Soy muy desconfiada.

–Suelta la espada, nadie me ha enviado

El guardia que custodia mi entrada nos oye y sin más, de un golpe brutal, abre la puerta. Casi la derrumba. Su rostro refleja el infierno y voltea furioso al ver a Diego. Ahora, la mujer de los gritos escalofriantes soy yo.

–¡DIEGO! –Me enderezo, mientras tiro un grito con tanta fuerza que hasta las venas de mi cuello se sobresaltan, mi respiración esta agitada



Abro los ojos y lo primero que veo es el pálido rostro de Caro, seguido por el de Nanaki, quien continúa con la misma sonrisa de armonía

–Tranquila, muñeca, todo está bien. Fue un mal sueño –Caro me abraza

Nanaki me ofrece una taza de té. Me la tomo rápidamente, su sabor es amargo

–Tómalo todo, te tranquilizará

–¿Qué sucedió? –pregunto

–Estás totalmente fría y mojada –Nanaki me toca la espalda

En ese momento recuerdo cuando salí del castillo a buscar a Diego y las últimas gotas de lluvia que se fueron con la luna me empaparon completamente. Pero ¿cómo puedo estar empapada? ¿Fue real? Lloro con mucho sentimiento, como si en realidad me hubiesen arrancado un pedazo de alma. Nanaki le pide a Caro que por favor vaya a la otra habitación y espere ahí. Ella tranquilamente me sonrío, me vuelve a decir que todo estará bien y que no tardará. Seguramente hablaron mientras yo estaba dormida. ¡Quiero volver a ver a Diego! En ese momento, Nanaki me abraza con tanta pureza que no puedo contenerme y le susurro al oído: «Se llama Diego». Él percibe mi amor. No estoy segura de si contárselo o no. Esto es bastante fuerte como para creer que alguien puede estar enamorado de la persona que ve en sus sueños. Pero yo estoy frente a un desconocido que al parecer me comprende mejor que todas las personas que conozco.

–No tienes que explicarlo, lo sé

–¿Lo sabes? –le pregunto

–He estado ahí, en el castillo

–¿Acaso eres capaz de meterte en los sueños? –me cuesta créele

–No soñaste princesa, viajaste –estoy sorprendida. Él toma mi mano derecha y la coloca en medio de sus dos palmas, como un emparedado.

–¿Viajé? ¿A dónde?

–A una de tus vidas pasadas –Me quedo en silencio. Esto realmente comienza a asustarme

–¿Desde cuándo tienes esos viajes, a los que llamas sueños?

–Desde hace más de dos semanas, ¿quince o veinte días? Pero han sido constantes. He perdido la noción de ellos

–Esos que tú crees que son sueños no lo son, sino que estás regresando a una de tus vidas pasadas, a una de tus muchas reencarnaciones. Es por eso que hablas italiano sin haberlo estudiado. Hay cosas que el alma no olvida, renacemos con ciertos sellos. Con tu nueva facultad de percepción extrasensorial, la cual fue activada por un código de dolor que esta dentro de ti, ahora has generado una nueva conciencia entre la mente consciente y la mente subconsciente, estas penetrando en los santuarios de tu alma – Poco a poco comienzo a comprender lo que Caro a tratado de decirme

–Pero, ¿Quién es Diego?

–Eso tendrás que descifrarlo tú

–Estoy enamorada, estoy enamorada de... –no soy capaz de decirlo

–De Diego, quizá Diego es tu alma gemela –me dice mientras bebe té amargo

–¿Alma gemela? Caro me hablo algo sobre eso...

–Tu alma gemela es un amor que va más allá de toda dimensión. Hoy, tu encuentro con Diego se ha dado en un plano astral. Cuando se está adormecido se puede tener una proyección astral, la cual es real. Durante una proyección astral, tu cuerpo psicosomático se separa de tu cuerpo

material, quedando unido a este solo por lo que conocemos con el nombre de Cordón de Plata. El cuerpo psicosomático es idéntico al cuerpo material pero tiene niveles de conciencia y existencia más altos. Al darse esta separación, tu cuerpo astral está viajando

–Entonces, ¿mi alma gemela está en otro plano astral? ¿No está aquí? – suspiro tristemente

– Así es, no esta aquí. Esto significa que ninguno o alguno de los dos no ha pagado su deuda kármica, por lo tanto no están juntos. Por hoy, creo que ha sido suficiente, estás agotada

–¿Qué debo hacer ahora?

–Eso tendrás que averiguarlo tú misma. Déjate llevar por tu intuición. Y no olvides que nada es coincidencia, debe de existir un asunto que dejaste sin terminar y mientras no lo resuelvas, Diego estará llamándote y, esperándote

Salgo de la pequeña casa de madera. Está anocheciendo, no sé cuánto tiempo he pasado aquí. El auto está cerrado. Caro tiene las llaves, pero se ha quedado hablando con Nanaki. Me recargo en la puerta del auto para esperarla. Miro hacia el horizonte, allá donde el cielo y los pastos se abrazan. El sol apenas se dispone a dormir, despidiéndose con sus rayos violeta, naranja, rosa, amarillo. Qué ocaso más puro. Las nubes a su alrededor adornan la ocasión. Realmente bello. La energía de sus últimos rayos me tocan el rostro y los brazos. Cierro los ojos, lo veo y pienso en voz alta «Así que su nombre es Diego...».

Manejamos hacia casa. No hablamos de lo sucedido durante el camino. Ella lo sabe. Su silencio habla de más. Escuchamos música. Quiero dormir. Quiero ver a Diego, pero no puedo, todo lo que ha sucedido me tiene aturdida. ¿Mi alma gemela está en otro plano, en otra dimensión y no aquí en la Tierra? Esto es algo que no alcanzo a comprender. No creo en la reencarnación, nunca lo he hecho, pero mis sueños me hacen dudar sobre mis creencias. Él es tan real.

Llegamos a casa. Caro prepara un café y yo subo a mi habitación. Sinceramente no tengo ni hambre. Sé que ella lo entiende. Entro al baño, cierro la puerta y me lavo la cara con agua y un poco de jabón blanco. Estoy cansada. Sin darme cuenta, de un instante a otro, estoy frente al espejo redondo, mirándome fijamente a los ojos. Creo que es la primera vez que me miro, que me observo. ¡Realmente nunca antes me había mirado! No a mí. ¿Esta soy yo? No me reconozco, quizá es el cansancio. Cuando estamos frente al espejo, estamos en todas partes menos aquí, con nosotros. Estamos secando el cabello, pensando en que ya se nos ha hecho tarde. Maquillamos nuestro rostro, tratando de tapizar tristezas, penas y preocupaciones con muchos colores radiantes y caros. Pensando en el vestido que usaremos, en la cena a la que asistiremos, en lo aburrido que son las clases del colegio, en lo gordos que nos estamos poniendo. En lo rápido que pasa el tiempo. ¿Qué zapatos usaré esta noche? El bolso, ¿azul o negro? ¿Dónde están mis aretes nuevos? No es una, sino miles las voces que nos distraen, que nos callan. Nos alejan de nuestra verdadera realidad. Nos vuelven ciegos y sordos. Llegamos a un punto en que realmente no nos escuchamos, no nos vemos. ¡Nos perdemos! Nuestra chispa guarda silencio. Pero nunca se va. Aquí está, muy dentro. Esperando que algo o alguien nos despierte de este letargo en el que la sociedad nos ha envuelto. Y cuando creemos que todo ha terminado, que es el final, algo mágico sucede frente a ese mismo espejo. Nos detenemos, percibimos una luz en nuestras pupilas y es ahí, a partir de ese momento, donde volvemos nacer. Sin explicaciones entendemos que todo aquello que parecía no tener sentido, ha sido perfecto.

Tocan la puerta de mi habitación

–Mañana tengo que partir, muñeca –me dice Caro mientras se recarga sobre la pared y hace muecas de tristeza

–¿Tan pronto? ¿A dónde vas?

–Sé que estarás bien, eres fuerte, más de lo que piensas. Solo cree en ti – evade mi pregunta

–No has contestado

–Tengo caminos que me esperan, he completado mi propósito contigo. Ahora te toca a ti hacer el resto

–Todo ha sido mucho en tan poco tiempo, Rogelio, Andrea, Diego, Nanaki...

–Todo ha sido necesario, nunca le reproches a la vida por las malas experiencias. Gracias a ellas has tenido la oportunidad de conocerte más y de estar consciente de que los límites para sacar el dolor no existen. Evitarlos es perder el tiempo. Tienes que afrontarlos y tienes que hacerlo lo

antes posible

Nos despedimos, nos damos un gran abrazo. Ella partirá al salir el sol. Y he aquí el momento idóneo donde la misma pregunta de hace semanas regresa a mí. Las personas entran en tu vida, crean una revolución y salen de ella. ¿Y nosotros? ¿Y yo? Yo me quedo aquí, totalmente hecha un lío. Me encuentro en la misma posición que hace semanas, pero esta vez bajo otros nombres, otros tiempos, otros sentimientos.

El olor a tierra mojada entra por mi ventana, trayéndome la sensación de que el momento ha llegado y con él he despertado. Me siento diferente, me siento renovada y con fuerza de encontrar la verdad, necesito encontrarla. He de encontrar el sentido de mi vida.

Han pasado varias semanas. Mis padres continúan de viaje, llaman cada tres días. Por lo general dejan un mensaje de voz, al cual contesto con otro mensaje de voz. Esta mañana, muy temprano, Nana llamó, me pidió más días de vacaciones, así que le sugerí se tomara dos semanas más. Acaba de ser abuela por quinta vez. No me puedo sacar a Diego de la mente, del corazón, de todas partes. Está en cada rostro que veo, en cada voz que escucho. Los sueños no han cesado y cada vez son más intensos, más tiernos. Diego es todo lo que necesito.

Tocan la puerta. Es Max, el chofer. Max es alto, calvo y de cuarenta y cinco años. Ha trabajado en casa desde que tengo uso de razón. Mis papás nunca han tenido una queja de él. Al decir verdad, yo tampoco. Él me dice que mis padres le llamaron para que vaya al aeropuerto a recoger unas maletas. Creo que son cuatro maletas con telas de París y una mantelería española.

Esto para la nueva instalación de una franquicia en Querétaro que vendieron hace tres meses. Como no tengo nada mejor que hacer, iré con Max a recoger las maletas. Los aeropuertos son lugares interesantes.

Vamos hacia el aeropuerto, el tráfico es leve. Gracias que es así. Dormito un momento, buscando a Diego, pero la claridad del día no me permite ver más allá de mis sueños.

Llegamos, Max me pide que por favor lo espere en la Sala C, aquí me traerá los documentos para firmar el recibí de las maletas. Aunque no necesaria, de preferencia deben llevar mi firma. Me quedo aquí para esperarlo. Lo veo, hasta que a lo lejos, entre tantas personas, lo pierdo de vista. Va con tres cargadores. Deben de ser cajas o maletas muy pesadas. ¡A mamá le encanta la abundancia!

Volteo a la derecha y las tiendas duty free me hacen ojitos y camino hacia ellas. Me fascinan estas tiendas que matan tiempo. Hay tantas curiosidades innecesarias y, sobre todo, tienen los mejores libros.

Llego a la sección de libros. Tomo dos y, mientras los hojeo, una sensación me hace levantar la mirada. Sostengo los libros, uno en cada mano, doy un paso hacia atrás y mi espalda topa con la espalda de alguien más. Los libros, el bolso, celular, todo se me cae al piso. ¡Salen volando! Mis cosas están por todas partes. Rápido me inclino para levantarlas. Veo la espalda del hombre con el que topé, lleva un traje negro y está hablando por celular. Parece no haberse inmutado en lo más mínimo. Lo acompañan cuatro escoltas, dos de ellos rápido se inclinan y me ayudan a recoger mis cosas. Continúo de rodillas sobre el piso, tomando mi celular. Alzo la mirada y les

veo el rostro. Estos hombres no son de aquí. Distráida, oigo una voz que se dirige a mí.

–Mi dispiace! –me dice

Rápidamente levanto la mirada y lo veo. Nos miramos por un segundo. Mis pupilas atraviesan las suyas, los códigos se activan. Mis huesos comienzan a temblar, por mi mente desfilan imágenes de cuando nos besamos, de cuando combatimos, de cuando estuvimos de pie frente al mar de Nápoles. Me mareo, casi desvanezco y una persona de la tienda se percata de mi debilidad y corre a sostenerme. No puedo reaccionar. Él, sin detener paso, me vuelve a repetir: «¡Mi dispiace, bella!».

Cobro fuerzas. La persona que me sostiene me suelta y él me vuelve a sonreír. Me da la espalda y continúa hablando por celular. Lleva mucha prisa. Estoy inmóvil, estupefacta ¿Estaré soñando? Uno de los hombres me pregunta si me encuentro bien. Por tercera vez, él voltea de nuevo, me ve, ¡quiere decirme algo más! Se gira de inmediato y continúa su paso a toda prisa. Los escoltas se ponen de pie y se van tras de él. Tomo mi bolso y camino, trato de alcanzarlo.

–Diego Diego, ¡attesa! –le grito

Sus escoltas no me permiten acercarme. Uno de ellos me detiene por completo, su mirada tiesa me asusta. Mientras, Diego checa su boleto y entra directo para abordar. Sus escoltas también abordan. ¡Diego no me escucha! Pero sí me vio. Las personas de seguridad que están en la puerta

no me dejan pasar, obviamente porque no tengo boleto. Entre toda esa gente, pierdo de vista a Diego. No es posible. ¡Se fue! Era él, estoy segura de que era él. Me habló, su voz. Dijo: «Mi dispiace!». Su voz es... Es él. ¿Y yo, de dónde hablo italiano? Nunca he estudiado italiano. Qué razón lleva Nanaki. Estoy fría, estoy sudando. ¡Estoy totalmente excitada! Diego está aquí. Nada que ver con que está en otro plano astral, otras esferas. Él está aquí. ¡Yo lo sabía! Después de un grandísimo shock, pregunto a la persona de seguridad

–Disculpe, ¿hacia dónde se dirige este vuelo?

–Hacia Italia, señorita –me contesta

–¿A qué ciudad de Italia? –Insisto

–¿Tiene usted boleto?

–No

–A Nápoles. Ahora, si me hace el favor de dejar pasar al siguiente pasajero que está detrás de usted, por favor...

Lo que Nanaki me ha dicho comienza a tomar sentido. Diego no me dejará. Existe un motivo por el cual a través de mis sueños me está hablando. Pero

él está aquí, ¡en mi mundo!

Abro mi bolso y busco desesperadamente el móvil. Llamo a Max y le digo que tengo que ir a casa, que por favor termine lo que tiene que hacer, siguiendo las indicaciones de mis padres, y que firme a mi nombre, que falsifique mi firma o yo que sé, regresaremos después. Max sabrá qué hacer. Llego rápido a casa, tomo lo necesario para ir a Itzalco. Sigo en shock, mi cuerpo en automático está haciéndolo todo.

El olor a campo empieza a impregnarme el alma. Dos horas después, ya estoy en Itzalco. Durante el viaje recordé su mirada, su sonrisa. Es tan alto, tan blanco, ¡es idéntico! Sigo excitada, estoy disipada.

Bajo del auto rápidamente. Casi me caigo de boca, pero alcanzo a detenerme con la mano derecha. Nanaki ya está esperándome. Entro, estoy envuelta en un aura de alegría que no se puede contener dentro de mí.

–Ha sido maravilloso, ¡le he visto!, ¡le he visto! –pego tamaños saltos hasta el techo

–Princesa, esto pasaría –me dice

–Aún no puedo ni creerlo, ¡existe! Y esta aquí

–¿Dónde está? –Nanaki hace un gesto incrédulo

–¡Ya lo sabes! Aquí, en este mundo

–¿Estás segura de que es Diego?

–¿Cómo? ¿A qué te refieres? Si lo acabo de ver. Es idéntico. Alto, con una sonrisa y una mirada que... –Nanaki prepara un té de esos amargos que no me gustan. Sirve dos tazas pequeñas

–¿Por qué dudas de que es Diego? –Pregunto aturdida

–¿Él te vio?

–Sí, claro que me vio

–¿Te dijo algo? ¿Te habló?

–No, bueno, solo se disculpó por el incidente.

–El alma y el cuerpo son cosas diferentes y no debes confundirte. El alma está continuamente pasando por un proceso rotativo sin estar nunca limitada por el tiempo a un cuerpo específico. También, en algunas ocasiones, el cuerpo es el mismo y esto sucede cuando las almas gemelas están destinadas a encontrarse

–¿Qué hay acerca de pactos y juramentos? Siento más curiosidad por ello

–No suceden muy a menudo. Un pacto o juramento en una de las vidas pasadas hecho con una intensidad emocional extraordinaria puede proyectarse hacia las vidas siguientes. Esto restringe el encuentro del amor entre las personas juramentadas

–Posiblemente. Hace muchos siglos atrás dejé un asunto inconcluso. Es momento de afrontarlo, no quiero que la historia se repita –le digo, me siento más tranquila

–Así es, sin consolidar el amor verdadero, sufrirás mucho. La reencarnación siempre trae sufrimiento –me dice Nanaki

Cerramos los ojos, el sonido de la cortina blanca deslizándose sobre la ventana me mantiene concentrada. Oigo el volar de las aves, el sonido del silencio. Mi respiración es lenta. El agua cae rutinariamente sobre la pequeña cascada que debe de estar en la habitación de al lado. Cierro los ojos y me pierdo...



VEO LAS GOTAS DE SANGRE SALTAR AL PISO. EL BRAZO derecho me arde, me duele. No puedo tapar la herida con la mano izquierda, pues con ella cargo el escudo. La espada esta lista y gustosa por matar al hombre que justo acaba de rajarme el brazo. A mi alrededor, los plebeyos gritan: «¡Isabella, Isabella, vamos!». No tengo opción, solo defenderme. El dolor me envuelve en una furia tremenda. ¡Quiero degollarle! Quiero cortarle el mundo en dos. Él es muy buen guerrero, pero no tanto como yo. Combatimos por varios minutos, largos minutos en los que pienso en Diego. Volteo hacia los alrededores tratando de encontrarle, pero no. No está. ¿Dónde está? ¡Isabella, hazlo! Los gritos ensordecedores de la multitud me cansan. Con fuerza desenvaino mi espada, cae el hombre, el buen guerrero queda tendido sobre el suelo. Estuve a punto de matarle, pero por mi mente cruza Diego y, me detengo. Todos quedan en silencio. No se escucha más que la respiración de aquel hombre asustado, sobre quien he plantado el pie por encima del pecho y la espada en las venas del cuello. Me detengo. Doy tres pasos hacia atrás y caigo rendida. Sangro. Dos guardias me cargan y me llevan al castillo.

–Isabella, ¿está usted bien? –me pregunta el guardia mientras pierdo el conocimiento. Llegamos a la habitación, me colocan sobre la cama

–¿Dónde está Diego? –los guardias se miran el uno al otro. Con esas miradas que guardan secretos y asustan a los miedos

–Les acabo de preguntar, ¿dónde está Diego? –trato de enderezarme, pero no puedo. Salen de la habitación. Entra el rey

–¿Estás bien? Las pasiones no son buenas, pueden llevarte a cometer actos indeseados –camina alrededor de la cama

–Solo combatíamos, como cada viernes

–No me refiero a los combates. A ti ninguna espada podrá atravesarte, tienes el cuerpo de acero, pero tu corazón...

–Mi rey, por favor, ¿dónde está? ¿Le has dañado? –nuestras miradas se clavan y el grito escalofriante de la mujer me despierta



Me levanto abrumada, me endezco. Estoy realmente espantada con el grito.

–Tengo que ir a Nápoles –mi inconsciente habla fuerte

–Tu intuición –me dice Nanaki

–Los cabos se están atando. Me llamo Isabella y conozco a un rey, Fernando II de Nápoles, en Italia

–Vas a un lugar donde quizá encontrarás cosas que no te van a gustar. Tienes que estar preparada espiritualmente, no te confíes. Solamente si logras cambiar la dirección cabe la posibilidad de que sus almas puedan reencontrarse en este plano. Y cuando sus almas estén juntas, alcanzarán un estado de amor inimaginable que nunca podrías alcanzar con otra persona

Y es aquí, en este momento, donde recuerdo las palabras de Caro: «Nunca le reproches a la vida por malas experiencias; gracias a ellas has tenido la oportunidad de conocerte más y de estar consciente de que los límites para sacar el dolor no existen. Evitarlo es perder el tiempo. Tienes que afrontarlo y tienes que hacerlo ahora mismo».

Entonces comprendí que la infidelidad de Rogelio era lo mejor que me había sucedido. Todo parece un plan perfecto de la vida misma. Mis miedos por fin, se han ido.

Nanaki se levanta, camina despacio hacia una habitación. Se inclina, saca una caja vieja de color amarillo con destellos azules. La abre, toma algo, lo esconde en el puño y se acerca de nuevo hacia mí.

–Lleva este amuleto, te protegerá –me lo coloca en el cuello

Es una piedra muy pequeña, del tamaño de una gota de agua. Es de cristal color azul. Lo tomo y lo escondo debajo de mi blusa blanca. La cadena es de corcho. Me queda un poco grande. Lo suficiente para permanecer cerca de mi corazón.

–¿De qué me protegerá? ¡Es muy pequeña! –le pregunto

–Así como hay almas bondadosas, hay almas malignas. Nunca te lo quites. No es tan pequeña como el alma, pero te ayudará. En las escrituras védicas está escrito que la dimensión del alma es un diezmilésimo del tamaño de un punto

Mañana parto a Italia.

Llegamos al aeropuerto. Bajo y me despido de Max con un fuerte abrazo. Mientras tanto, el personal del aeropuerto baja mi maleta. Le pido a Max que llame por favor a Nana Susi para que se tome más días con su familia, le caerán de maravilla. Yo he planeado estar de regreso en una semana. Él me sonrío y me desea el mejor de los viajes. Sube al auto y se va. A mis papás los llamé anoche y les dije que tendría un viaje del colegio. Tendremos que investigar la historia de Nápoles (Italia). Esto de estudiar Historia del Arte se presta perfecto. Mencioné que somos tres voluntarias, más una maestra, las que nos hemos ofrecido a viajar. Así que por ese lado

no tengo problema alguno. Y aquí estoy, de pie. A punto de partir a mi pasado. Sentimientos y escalofríos de miedo y de inseguridad me invaden por completo. ¿Será realmente necesario hacer todo esto? En respuesta, mis pies dan un paso hacia delante reafirmando «Sí, es necesario que hagas todo esto». Nanaki ha sido muy claro al decirme dos cosas. Una, debo de seguir mi intuición, y mi intuición es la que me tiene aquí. Y dos, llevo el riesgo de encontrar cosas de mi pasado que no me van a gustar. Me armo de valentía y saco las agallas escondidas. Tomo el amuleto que me dio suspiro y camino.

Todo el proceso pasa rápido. Camino sin ver a nadie. Ni siquiera hablo al momento de tener que dar las gracias a las personas que me atienden. Paso de noche. Pienso en mi Nana Susi, en mis padres, en el pasado. En Nápoles, en Diego, en el futuro. Cuando regreso al presente de manera involuntaria, ya estoy sentada en el avión. A medio despegue. El fuerte ruido de las llantas y el sonido de la contracción del aire con las alas me hace reaccionar. Ya es demasiado tarde para arrepentirse.

El vuelo no está congestionado. Toca sentarme sola. Tengo tres grandes asientos a mi lado para acostarme completamente. ¡Qué maravilla! Esto debe de ser una buena señal. Así podré dormir las nueve horas de vuelo y descansar.

El avión se está elevando. A través de la ventanilla veo a las personas como hormiguitas, cada vez más pequeñas. Los pastos se vuelven blancos, como nubes gordas repletas de agua. Llegaremos por la tarde a Italia. Los horarios tratarán de volarme la cabeza pero permaneceré con el alma bien abierta.

La azafata, de nombre Ana, muy amablemente me ofrece la cena. ¿Pollo o sándwich de res? Le contesto con una mueca de que no deseo cenar. Insiste en dejarme un té, café o agua, por lo que le acepto una botella de agua. Sonriente me la entrega con una servilleta y sin modificar la sonrisa se dirige al pasajero de enfrente. Parece que tiene una máscara. Me pregunto ¿le dolerán las quijadas al terminar de repartir la cena? Ella continúa con esa sonrisa intacta.

Sin más, y de una vez por todas, reclino el asiento y cierro los ojos. Oigo miles de voces en mi cabeza: Diego, Andrea, Rogelio... Todas las historias vuelven una y otra vez en tiempo circular. Las escenas de Rogelio y Andrea, Diego y yo, no puedo controlarlas. Ellas son dueñas y señoras en este instante de mi mente. Permanezco sentada en mi interior. Las observo, cómo se revuelcan y revolotean. Tomo una revista y la abro en cualquier página. Lo primero que leo es: «La mayor parte de nuestros pensamientos y acciones son hábitos. Repetimos inconscientemente los mismos patrones todos los días con pocas variaciones en nuestros comportamientos. ¿Qué pasaría si desafiaras estos hábitos y costumbres, si te decidieras a salir de tu zona de confort y explorarás nuevas ideas y nuevas formas de hacer las cosas? ¿No cambiarías tu vida? – Buda». Parece que Buda me habla directamente. Tanta basura que llevamos dentro. ¿Será la hora de cambiar el rumbo de mis pensamientos? Bueno, posiblemente ya he comenzado a hacerlo. En unas horas más, estaré en Nápoles.

Levanto la mano derecha llamando a la azafata. Le pido por favor una pastilla para dormir. De inmediato la consigue. La tomo y bebo con el agua que hace veinte minutos me dio. Al instante, relajada, caigo en un sueño profundo. Lo necesito.

¡Hemos llegado a Nápoles! Veo el Vesubio. Ese hermoso y gigante volcán

dormido. Abajo, el clima es frío. He leído mucho de Italia, sin embargo esta es la primera vez que piso sus tierras. Aclarando, en esta vida.

Llego al hotel Palazzo Decumani. Es un hotel turístico con sus grandes esculturas del siglo XVIII. Con esos ángeles bañados en oro y todos los santos que cuelgan de las paredes. Luce como una iglesia. A mi gusto, está muy cargado. Pero así luce casi todo el continente viejo. Tengo suerte y encuentro una habitación disponible. Ahora, en temporada baja, a mucha gente se le da por vacacionar. Es más barato. Por el idioma no tengo problema. De alguna extraña manera, hablo italiano. Ya son las cinco de la tarde. En México deben de ser alrededor de las diez de la mañana. Por lo tanto, no tengo sueño.

*Mi habitación tiene una cama matrimonial con una sobrecama de colores celeste con café. Dos almohadas también color café y cuatro cojines. En ambos burós hay una lámpara rectangular encendida. Un clóset color blanco igual que la alfombra. El baño, muy amplio con su tina y su correspondiente bidé tradicional. Coloco mi maleta sobre la mesita que está al lado de la puerta y salgo. Pido en recepción un taxi. La señorita le indica a una persona que me guíe a la salida, ahí están los taxis listos para tomar. Me acerco a uno de ellos y le digo al taxista que me lleve por favor a la Real Biblioteca Nacional de Nápoles. Esta es la tercera biblioteca más grande de Italia, después de la de Florencia y la de Roma. Para ser certera, este folleto turístico dice que posee dos millones de libros, veinte mil manuscritos, ocho mil periódicos, cuatro mil quinientos incunables y mil ochocientos papiros. También se filmó aquí la película *El último emperador* en 1987. Interesante. Pues bien, ahí es adonde necesito ir.*

La biblioteca, antes que una biblioteca, parece un palacio. ¡Enorme! Sus estructuras medievales me transportan a lugares familiares. El techo es

altísimo, casi toca el cielo. Y sus paredes bronceadas parecen ocasos perfeccionados. Camino y casi tropiezo con una silla, es que no dejo de ver sus grandes estructuras. Me ha atrapado. ¿Por dónde comenzar a buscar? Me niego a pedir ayuda. Camino hasta la sección de historia. Tomo un libro, Nápoles y sus tiempos de guerra. Bien, aquí debe de haber algo. No encuentro mucho. Tomo otro libro muy grueso, con tapas de color negro y hojas doradas: Los reyes y sus leyendas napolitanas.

Recuerdo el nombre de Fernando II de Nápoles. ¡Perfecto! Aquí está.

«Fernando II (26 de agosto de 1469 – 7 de septiembre de 1496) fue rey de Nápoles. Recibió el trono de manos de su padre en 1495, cuando Alfonso II abdicó en su favor ante la amenaza de invasión por las tropas francesas del rey Carlos VIII. La ciudad fue asediada y Fernando II se vio obligado a huir a Isquia, donde organizó una liga italiana contra el rey francés. A la salida de este de la capital napolitana en 1496, Fernando II le venció con la ayuda de las tropas españolas bajo el mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Fernando se convirtió en un ídolo para los napolitanos, sobre todo a causa de la terrible conducta que habían tenido que soportar de los conquistadores franceses. Falleció sin descendencia. Antes había nombrado heredero a su tío, el duque Federico de Calabria, quien reinaría con el nombre de Federico I».*

«Dato curioso: Se dice que el rey Fernando II tuvo un romance prohibido con una guerrera de sus tropas. Como consecuencia del romance nació una niña. La guerrera (de quien no se sabe el nombre) al dar a luz murió, dejando al cargo de la pequeña a Ana Sicilia, la ama de llaves del rey. Poco se sabe qué sucedió con la hija del rey. No existe información certera de ninguna fuente».

Estoy totalmente perpleja ante este dato curioso. En mis sueños, el hombre francés, Diego, me llama princesa. Continúo leyendo y busco información de diferentes autores, desde los primeros que cuentan la historia de Nápoles hasta los más modernos. La historia es la misma. Entre tantos diferentes libros, nadie la ha distorsionado. Después de cuatro horas en la biblioteca, no encuentro información relevante, ninguna página menciona a Isabella, guerrera de Nápoles. Solo relatos similares.

«Se cuenta que tuvo una hija, a quien nunca reconoció y de la que no se supo más. Algunas leyendas cuentan que la mandó matar al siguiente día de nacer, para que nadie se diera cuenta de su existencia. Mientras que otras leyendas más antiguas cuentan que Ana Sicilia fue la protectora de la princesa, esto en acuerdo con el rey».

Veo el retrato del rey Fernando II. Paso lentamente las yemas de mis dedos por su rostro, quiero tocarlo. Es idéntico al hombre que aparece en mis sueños. A ese hombre al que me dirijo con tanta rebeldía y respeto a la vez. Siento nostalgia, ¿cariño, tal vez?

Continúo buscando algo que hable sobre un Diego. No encuentro nada. Al parecer, por las mismas fechas no existió ningún Diego de nacionalidad francesa. Paso a la sección de manuscritos de las fechas 1495 – 1496. Encuentro varios interesantes, pero uno muy arrugado, borroso y que no se le entiende bien, llama particularmente mi atención. En la parte de arriba dice: «La Mia Principessa di Napoli – 1496». Al mismo tiempo que decido comenzar a leerlo la señorita de la recepción pasa caminando cerca de mí y me hace la típica seña de que ya están por cerrar. Ya es tarde, no me da tiempo de leerlo. Si lo pido por algunos días, no me van a permitir llevarlo. Mañana tengo que ir al castillo Maschio Angioino. ¿Y si me lo llevo?

Disimuladamente alzo el cuello buscando a la señorita de la biblioteca. No la veo por ningún lado. Así que discretamente meto el manuscrito dentro de mi bolso. Nadie se dará cuenta. ¿A quién le podría interesar un manuscrito de 1496 que está casi hecho añicos por el tiempo? A mí.

Entro en mi habitación. Realmente estoy exhausta y con hambre. Llamo y ordeno para cenar un sándwich de pavo y una copa de vino tinto Serrata. Mejor dos copas. Necesito sacarme este estrés. Pasan veinte minutos y llega a la habitación el camarero con la cena. Suerte que el servicio es de veinticuatro horas. Si no, me hubiese quedado sin cenar. Coloca la charola exquisita sobre la mesita del escritorio. Le doy dos euros de propina. Enciendo el televisor. No hay nada interesante en la televisión italiana. Lo apago con medio sándwich en mi estómago, voy por la segunda copa y la invito directo a un buen baño espumoso; me caerá bien. Me siento relajada dentro de la tina. El cansancio está bailando. Este vino realmente es bueno. Siento que mi cuerpo tenso comienza a ceder, despacio va perdiendo fuerza, los dedos se mueven por sí solos, escucho mi propia inhalación y exhalación, siento el agua penetrando por mi piel y de pronto...



¡ME ESTOY AHOGANDO! ENDEREZO RÁPIDAMENTE mi cuerpo y me aferro a las orillas de la tina. Toso y escupo un poco de agua. He regresado, estoy en la tina de mi habitación. Pero de mi habitación con cama de oro. Mi brazo aún me duele, ya no está vendado. Volteo a mi alrededor, estoy sola. Es de noche, varios candiles alumbran cada rincón. Sobre el sillón está una toalla blanca, salgo de la tina y me envuelvo en ella. Entra una mujer.

–Te he traído ropa limpia –me dice Ana Sicilia. Su voz es sumisa. Me echa una mirada y vuelve a bajarla. No respondo

–¿Te sucede algo? –me pregunta extrañada. Yo no le contesto, solo muevo la cabeza diciendo que no

–Vístete y baja a cenar. Esta noche el rey no cenará –sale de la habitación. Me visto con la ropa que me dejó.

Tengo frío. Estos lugares son muy fríos. Termino y bajo de inmediato. No hay nadie en el comedor. La gran mesa está puesta, igual que la última vez que la vi, repleta de comida, cerdos, reses, pavos, patos, uvas, vinos, panes. Tomo solamente una copa de vino. Le doy dos sorbos, tomo cuatro uvas y me dirijo a la cocina. La cocina del castillo es gigante: cinco chimeneas, frutas y verduras en abundancia, muchas cazuelas. En el lugar hay cinco mujeres. Cuatro de ellas se inclinan al verme.

–¿Has terminado de cenar? –me pregunta Ana Sicilia

–No tengo hambre –le doy otro sorbo a la copa de vino

–Últimamente no tienes hambre, ¿estás enamorada? –una de las cuatro mujeres de la servidumbre, la más bajita de trenzas, voltea y le dice

–Ana Sicilia, hemos terminado. ¿Podemos retirarnos?

–Sí, mañana a las cinco de la mañana ya debemos estar aquí. Isabella, te he hecho una pregunta, ¿estás enamorada?

–¿Le conoces? –mi voz tambalea

–Ese hombre no es para ti. Todos en la aldea murmuran... No hagas enojar al rey

–¿Dónde está ese hombre? –le pregunto

–Ya sabes dónde está, el rey... –gira el cuello hacia mí y me ve temerosa

–¿El rey le ha hecho algo?

–¿Por qué me haces esas preguntas? Tú conoces la respuesta –de nuevo, esos gritos escalofriantes se oyen

–¿Quién grita de esa manera?

–Estás muy extraña hoy ¿tanto dolor te está haciendo olvidar las cosas? Tu castigo ya ha sido levantado

Ana Sicilia, quien fuese, parece ser que no va a responder a ninguna de mis preguntas. Me desespero y doy media vuelta, Salgo de la cocina. Me dirijo con pasos decididos a la habitación de donde salen los gritos. Veo una puerta rectangular de madera gruesa. En la parte de arriba tiene una ventanilla con tres rendijas. A lado de la puerta está un guardia que no se inmota en lo más mínimo ante mi presencia, por lo que decido avanzar. Tomo el mango de la puerta y estoy a punto de abrirla. Me detengo. Los gritos me dan pavor. Sin pensarlo más y de una vez por todas, la abro. Y ahí está muy cerca, de espaldas, una mujer que llora sin cesar. Me ha escuchado, pero no voltea. Esta habitación tiene todas las comodidades.

–¿Qué le sucede? –me pregunto

Ella continúa sin mostrar interés en saber quién entró o quién le está hablando. Doy unos pasos más y me paro a una distancia considerable para alcanzarla. La toco por encima del hombro izquierdo. Y voltea a verme. ¡Es Andrea! Pero tiene el cabello corto y negro (no es largo ni está teñido de rubio). Me mira con los ojos llenos de tristeza, su rostro está bañado en lágrimas.

–¡Maldita! ¡Estás maldita! –me grita. Sus muecas de odio me asustan



La copa se me resbala y cae al piso. Estalla en mil pedazos. ¡Me despierta! Ha manchado todo de color uva. ¡Uff! Qué susto. Salgo de la tina, me visto para dormir. Ya vendrá mañana alguien de limpieza a recoger todo esto. Estoy cansadísima.

¡Oh! ¿Andrea? Era Andrea. Pero ¿por qué lloraba? ¿Y esos gritos escalofriantes? Sufre demasiado. Me ha dicho que estoy... ¿maldita? Sí, fue maldita la palabra que usó al referirse a mí. Entonces Andrea y yo somos más que amigas, somos o mejor dicho éramos, viejas, muy viejas amigas. Ana Sicilia sí existió y, es la ama de llaves del rey, la persona de más confianza en el castillo ¿Será mi madre? Creo que el cansancio, el cambio de horario y el vino me están haciendo enloquecer. Ahora comienzo a entender que quizá el alma es individual y transmigra de un cuerpo a otro, de una vida a otra. Según William Wordsworth, «el nacimiento es tan solo un sueño y un olvido». No cabe duda de que siempre regresamos a encarar a nuestros karmas, porque las cosas malas que hacemos para obtener los resultados que egoístamente deseamos nunca fueron gratis.

Ha sido demasiado por hoy, descansaré. El dolor de cuello me despierta. ¡Uho! ¿Qué hora es? Aquí y durante esta temporada otoñal, casi invierno, los días lucen como lo más cercano a la tristeza, grises. Suele perderse la noción del tiempo. ¡Son las once de la mañana! ¡Santo cielo! Se me ha hecho tarde. Me baño rápidamente. Me coloco unos jeans y una blusa blanca con cinco grandes botones por enfrente. Mi madre me la regaló hace tres meses.

Mi chamarra de cuero color café y mis botas altas de piel de borrego, también color café, muy calientitas. Llamo a recepción para que por favor envíen a una persona de limpieza. El baño está hecho un asco. Y el olor a vino es muy penetrante. Tomo mi bolso y bajo. Prefiero las escaleras, el ascensor es muy tardado.

–Buenos días, señorita –me dice la recepcionista

–Buenos días –asiento con una sonrisa acelerada

–¿Necesita un taxi?

–No, gracias. Prefiero caminar. No está lloviendo, el día es perfecto

–Como la señorita guste, buen día

Camino por las calles empedradas del centro de Nápoles. Sus colores oscuros muestran un aire de frialdad. Los edificios con esos departamentos adornados de balcones con plantas casi muriendo. Deberían meterlas dentro. No se vuelvan suicidas ecológicos.

En uno de los balcones hay tres personas fumándose la vida. Sus estructuras típicas medievales me transportan a muchos siglos antes. Todas las

personas caminan muy rápido, bien abrigadas. Algunas llevan un vaso de café en mano. Este clasicismo moderno me emociona. Italia es la cuna de la moda. Una moda muy extravagante y diferente a la del resto del mundo. Al parecer aquí se continúa en los años sesenta, las boinas, los sombreritos, las botas cuadradas y redondas, los abrigos de piel color mostaza, las faldas almidonadas, los suéteres verdes. El típico estilo clásico medieval tirándole a una onda entre Marilyn Monroe y Beyoncé. El olor a pizza recién salida del horno y a café negro me hace detenerme en un puesto. Ordeno un trozo de pizza de pepperoni y un café macchiato doble para calentar los motores. Continúo caminando. Es una maravilla que aquí la mayoría de las personas salga en bicicletas o motos y no en autos. No existe un alto índice de contaminación. Y lo que es aún mejor, en lugar de tomar el autobús o el metro, se toma ese pequeño tren, tan antiguo, que va repleto, ¡llenísimo!. Las personas casi salen de las ventanas y algunos cuelgan por las puertas. El vapor que exhala parece el de una cafetera. ¡Qué divertidos son! Camino durante una hora hasta que me canso. Me detengo en una pequeña tiendita de curiosidades, anillos, cadenas, dijes y demás. La persona que atiende es un argentino como de cuarenta y tres años. De inmediato reconoce mi acento.

–¡Latina! ¿Vos de dónde sos? –me pregunta el argentino y me suelta muy efusivamente dos besos, uno en cada mejilla

–Ciudad de México. Qué adorable se siente cuando estás en otro país y alguien más habla tu idioma –pienso en voz alta mientras tomo una cadena de plata

–Esa emoción la sentí hace veinte años cuando recién llegué a Italia. ¿Qué trae por aquí a vos? ¿Te ha gusta la cadena de plata?

–La cadena es muy bonita. Pero me gusta más ese anillo –señalo el anillo

–¿El del diamante verde?

–Sí, ese. ¿Puedo probármelo?

–Claro, aquí está –me coloca con cuidado el anillo en el dedo índice de la mano izquierda

–Por aquí me traen viejos amigos –le digo

–¿De qué parte son los amigos?

–Del castillo Maschio Angioino. Me llevo el anillo

–Te lo regalo –exclama con efusividad

–¡Gracias! ¿Pero cómo cree? Se lo pagaré

–No, no. Te lo regalo. Sin broma y sin coqueteo. Tu rostro se me hace muy conocido

–Seguramente de otra vida –le contesto

Tomo el anillo y salgo. El hombre me sonríe, no me pierde de vista. Aún estoy demasiado lejos del castillo. Paro un taxi. Me deja en el lugar de mis sueños, en el castillo Maschio Angioino.

Aquí estoy, de pie, justo frente al castillo. Echo una mirada hasta el cielo, recorriendo cada centímetro de la gran estructura. Es alto, tiene cinco torres, tres por la parte de la entrada principal y dos por la parte de atrás. Cada una tiene cinco ventanas verticales y sus puntas parecen coronas. Las torres son de color café y el resto es color arena. Atravieso lentamente el puente, camino paso a paso con una adrenalina que me duele. Volteo para cada lado, en medio del puente. Me encuentro exactamente en el lugar donde en mi primer sueño caí al agua, justo por el lado derecho. Me acerco y la imagen de Diego tratando de ahogarme con ansia desesperada me hace alejarme de esa orilla. En la parte posterior de la entrada del castillo, arriba, luce una escultura con varios peones cargando a un rey que va sentado sobre una silla de honor. Más abajo, dos esculturas de unos animales parecidos a los leones, con grandes alas. Sin más, entro al castillo y un viento fresco me hace abrochar hasta el último botón de mi chamarra color café. Al principio trato de seguir el mismo camino de cuando salí huyendo del agua y entré corriendo al castillo. Pero la impresión de que sabría hacia qué lugar llegaría me hace desviarme de esa dirección. En la primera habitación, que parece ser una capilla, hacia el fondo de la pared, cuelga un Cristo gigante. Alrededor descansan unas cuantas bancas largas de madera carcomida por el tiempo. El piso es de roca lisa y las antorchas apagadas me dan nostalgia. Salgo de ahí y camino por un pasillo de muros

bajos. A la derecha hay una sala con un trono de buen tamaño, tapizado de color rojo y dorado. A su lado hay otro trono más pequeño, con los mismos colores, ambos elegantes. Tras los tronos, colgados sobre la pared, hay dos pinturas. Una con la imagen del rey Fernando II de Nápoles y otra de un sol brillando en medio de una tempestad. Frente a los tronos están diez sillas a una distancia de aproximadamente tres metros. A lado de la puerta hay dos armaduras completas, con sus cascos y plumas rojas, lanzas y escudos. En las paredes posteriores cuelgan enormes pinturas de ocasos y de unas cuantas guerras al parecer ganadas. La alfombra roja me da alergia. El polvo de hace siglos me altera. Sigo camino y llego al patio, es muy grande. En él hay algunos árboles alrededor de carruajes quebrados adornados con flores de temporada bien cuidadas. En el centro del jardín, luce una fuente con la figura de una mujer desnuda con largos cabellos sosteniendo un escudo redondo. Por el lado izquierdo hay varias habitaciones pequeñas, sus puertas no pasan de metro y medio. Tienen candados. Están bloqueadas. ¿Acaso serán las puertas que van hacia los calabozos? Están casi cayendo. Continúo y subo alrededor de treinta escalones encorvados, parece ser el segundo piso. Llego hasta un pasillo donde hay diez habitaciones. Dos de lado izquierdo y ocho del lado derecho. Camino y mis pies se detienen automáticamente en la tercera habitación del lado derecho. La intuición, acompañada de una gran corazonada, me hace estremecer y soltar dos lágrimas. Tengo una sensación que no puedo explicar. Giro todo mi cuerpo hacia esa puerta. Volteo alrededor y no hay nadie. El día de hoy no hay muchos turistas por aquí. La mano derecha está a punto de tocar el gran cerrojo dañado cuando la puerta se abre por sí sola. Seguro es el aire. La empujo y queda totalmente abierta. Ahí está la cama, ¡la cama de oro! Doy unos pasos hacia dentro. Ya no quiero avanzar. Quedo perpleja. Pareciese como si fuera una fotografía de mi sueño. Las pinturas en la pared, el balcón con las dos ventanas, los sillones viejos. Un impulso me avienta y llego hasta en medio de la habitación, donde se encuentra la tina. Con los dedos recorro toda su orilla. Le doy la vuelta completa y las imágenes de mi cuerpo entre la espuma me asustan. Llego a la cama y me siento sobre ella. ¡Vaya! Como la recuerdo, es igual de suave y acogedora. Volteo hacia el balcón y parece que lo veo entrando. Lo siento en cada paso que da hacia mí, en cada nítido respiro con el que vivo. Deseo verlo con todas mis fuerzas, deseo tirarlo en esta cama y arrancarle el alma a besos, deseo

abrazarlo. Siento una pasión que me corroe por completo, me descontrola los pensamientos. Continúo recostada sobre la suavidad de las sábanas blancas y ¡juro!, juró que lo veo. La imagen de su rostro aparece y desaparece una y otra vez. Llamándome, pidiéndome que regrese. No desiste, mi respiración se acelera. Diego me besa, yo le estiro suavemente los labios con mis dientes, le aprieto el torso. El momento se vuelve tenso.

–¿Señorita? ¿Señorita? ¿Está usted bien? –me pregunta una turista mientras me mueve el hombro. Abro los ojos y me levanto de un salto de la cama

–¿Está usted bien? –me vuelve a preguntar

–Sí, sí. Gracias, estoy bien. Me he quedado dormida. ¡Qué pena! Debe de ser la hora –le respondo

No sé cuánto tiempo dormí. Salgo a prisa de la habitación, no me percató y camino en dirección opuesta a la salida. Está a punto de anochecer. No deben de tardar en cerrar el lugar. Veo un túnel, hay una luz en el fondo. Es un candil, es exactamente la habitación donde la mujer está encerrada y grita. Es el lugar donde vi a Andrea. Pero ya no puedo demorarme más. Regresaré mañana. Volteo a la derecha y veo otro pasillo. Camino por ahí. ¡No logro encontrar la salida! Y una grata sorpresa: llego hasta el gran comedor. Es el mismo comedor rectangular de mis sueños. En el centro está una manta roja y del techo cuelgan candiles medievales, muy rústicos. Toda la habitación está repleta de esculturas religiosas y unas cuantas velas encendidas. La mesa está puesta. Con charolas de plata vacías y simulacros de frutas y verduras, botellas de los mejores vinos y copas con telarañas. Camino lento hasta la silla, la cual siento tan mía. Me siento y tomo la

copa. Una imagen de dos segundos, un flash me llega a la mente, veo al rey Fernando II y a su lado a Ana Sicilia. Ambos me miran con ternura. La cocina debe de estar cerca, me dispongo ir hacia allá. Tengo curiosidad por ver esas charolas y esas cinco chimeneas enormes. Estoy casi segura de que ahí están. Cuando de pronto escucho una voz

–Señorita, perdone pero ya estamos por cerrar. Si gusta acompañarme por aquí... Mañana puede regresar. Desde las diez de la mañana estará abierto – me dice la guía

–Claro que sí. La sigo, gracias –finjo la voz de agradecimiento-

Caminamos de regreso por el túnel. Pasamos a un lado de la habitación donde he visto a Andrea. De nuevo me da un escalofrío que se mete por los ojos y me llega hasta el alma. Siento pena, siento dolor. Siento traición. La señorita se detiene a hablar con otros turistas. Seguro, a pedirles también de la manera más atenta, que se retiren. Aprovecho y me acerco a una ventana. La abro y puedo ver la luna marcando su camino sobre el mar Mediterráneo. Su luz llega hasta mi rostro. Es el paisaje más hermoso que he visto, al menos en esta vida. Las olas adornan la ocasión y la luna me ve como a una vieja amiga. Estoy aquí durante diez minutos. No pienso en nada, solo me dejo llevar por este momento tan bello. La señorita y los turistas caminan con prisa, los veo a lo lejos. Decido seguirlos, no quiero perderme de nuevo. El castillo está a punto de cerrar, ya anocheció. Soy la última en salir. Ya está completamente oscuro y hace frío. Meto las manos entre los bolsos de mis jeans y decido caminar unas cuadras antes de tomar un taxi para que me lleve al hotel. La calle es empedrada, qué bueno que mis botas no son altas. Mientras camino recuerdo cada rincón del castillo. Toda la locura comienza a cobrar sentido. He estado ahí antes. Diego me ha hecho venir de nuevo. ¿Cómo lo encontraré?

Comienza a llover, no quiero enfermar. Detengo rápido un taxi, me siento en la parte de atrás, justo en medio del asiento. Le doy al taxista la dirección del hotel. Él no deja de reír y de hablar, su tono es alto. Creo que está borracho, está ebrio. No me da confianza, un mal presentimiento me ataca. Estoy a punto de decirle que me baje en la siguiente esquina, cuando las luces de un auto que se dirige frente a nosotros con gran velocidad me encandilan por completo. El fuertísimo impacto me ensordece los oídos. Vuelo. Mi cuerpo sin cinturón atraviesa el vidrio y salgo disparada. Mis vidas pasadas me dejan en este momento sin salida.



LA LUZ CONTINÚA ENCANDILÁNDOME, TENGO al sol frente a mí.
Galopo entre grandes montañas, cubiertas de céspedes amarillentos. Girasoles y flores blancas en los alrededores. Árboles sombríos y algunos pinos ya dormidos. Mi capa oscura y mis largos cabellos se elevan a favor del viento. Visto como una guerrera, con pedazos de armadura en el pecho y pantalones de cuero, altas botas y espada guardada. Oigo el relincho de un percherón. Me hace bajar la velocidad y Diego pasa fugaz a mi lado. ¡Ahí esta! Cabalgando como un rayo. Cuán feliz me siento. Apenas le alcanzo a ver la sonrisa que yace en sus pupilas. Golpeo embravecida a mi yegua blanca con los talones; esta se levanta en dos patas y corre. Los alcanzamos.

—¡Detente, Caballero! Espera... —le grito a Diego. Él baja la velocidad. Lo alcanzo

–Mi princesa... –me mira con pasión

–¿Estás bien? Pensé que el rey te había...

–El rey ha sido bondadoso conmigo –me dice

–Esa noche que el guardia nos encontró en mi habitación, el rey me impuso un castigo –le cuento

–Estuviste diez días sin salir del castillo, lo sé.

–Así que lo sabes

–Después de los tres días que estuve como prisionero y acusado como espía francés, el rey me ha dejado ir. Ana Sicilia se lo imploró. Con la condición de jamás volver a Nápoles. Y mucho menos a ti, mi princesa

–La guerra está próxima –mi voz tartamudea

–Y con ella las desgracias se asoman

–¿Hacia dónde partirás? –le pregunto tristemente

–Regresaré a Francia en un par de días. He fallado en mi camino

–¿En cuál camino? ¿Qué misterio escondes? Volverás, ¿cierto? –le digo mientras bajamos y amarramos los percherones a un pino. Me toma de las manos.

–Te amo, Isabella. Nunca lo olvides

Mi alma vibra al escuchar sus palabras. Mi respiración se agita. Sus pupilas se introducen en las mías, las cuales dulcemente responden a esa pasión. Él ya lo sabe todo, cada gesto, cada movimiento, cada pensamiento por venir. En este instante, nuestro silencio habla el lenguaje del amor eterno. No hay necesidad de tocarnos para darnos cuenta de que nuestras almas se elevaban entre los mas íntimos secretos del universo. Pasan los segundos y las miradas amarradas continúan haciéndose el amor con cada respiración y con un gesto sincero. Veo todo mi pasado y mi futuro confabulándose. Ya somos uno.

–También te amo Diego, mi caballero, mi amor. Y te juro que te amaré a través de todas mis vidas. Aun sean infinitas –su percherón para y relincha. Mi yegua se espanta. Cerramos nuestro juramento de amor con un beso

–Los jinetes del rey se están acercando, puedo oírlos –me dice

–¡Márchate Diego, amor mío...! Y te encontraré hoy a media noche en el lugar en el cual nos conocimos. En la cima de la montaña, frente al mar

–¡Hasta siempre, mi princesa, hasta siempre te amaré!

Diego se marcha. Lo veo alejarse hasta que el bosque lo abraza por completo. No tengo duda alguna. Lo amo. Lo amo con aquella intensidad con que el sol sale cada mañana, con la misma intensidad de la fuerza del viento y del tenaz relámpago entero. Él lo es todo, lo es más que todo en mi universo. Tendré que esperar hasta media noche para verlo. Quiero comerme al tiempo.

Doy media vuelta y me topo con los jinetes del castillo.

–La estuvimos buscando. El rey ha estado preguntando por usted –me dice el jinete

–Voy para el castillo

Llego con un rostro de ilusión, demasiado obvio, por cierto. No sé si este sea uno de esos tantos sueños. Lo que importa es que hoy nos tenemos. Entro precavida a la cocina. No hay nadie. Tomo un vaso y me sirvo agua. Tengo sed. Oigo voces en el comedor y ahí están Ana Sicilia y el rey, hablando en voz baja.

–La reina ha tenido otra crisis. El guardia me ha dicho que hace varias noches Isabella entró y habló con ella –le dice Ana Sicilia al rey

–¿Isabella?

–Sí, Isabella. El guardia no alcanzó a escuchar de qué hablaron

–¿Por qué se le permitió la entrada? –alza el tono de voz

–Este guardia no estaba informado de las reglas y todas las obligaciones que conllevan el cuidar a la reina –le responde Ana Sicilia

–Necesito saber de qué hablaron. ¡Ordeno que reemplacen a ese guardia inmediatamente! No quiero volverlo a ver en el castillo

–Sí, su majestad, como usted lo ordene

–¿Isabella no puede saber la verdad! No ahora. Estamos en guerra –dice el rey

El vaso de agua se me resbala y cae al suelo. Ambos voltean en dirección a la cocina. Y Ana Sicilia rápido se dirige hacia mí

–¿Dónde estabas Isabella? Estábamos preocupados por ti

–Ana, ve a la cocina, por favor –voz alterada del rey

–Lo que usted ordene, su majestad

–¿Dónde has estado? Espero que no estés escondiéndote y buscando al innombrable –me dice el rey

–¿A Diego? No, estuve cabalgando por el campo

–No puedes tener relación con ningún francés y ahora debes de tener más cuidado. Ya no puedes salir sola. Los franceses pueden atacar en cualquier momento. No llegué a ningún acuerdo con ellos. Nápoles seguirá bajo nuestro gobierno. Seguro están preparando su ataque. Si no es que ya lo han hecho –al verlo tan serio, solo asiento con la cabeza. Él continúa

–¿Has estado con la Reina? ¿De qué han hablado?

–Estaba preocupada. Sus gritos me dan escalofríos. ¿Qué le sucede? –le pregunto

–Ya sabes lo que le sucede. El hecho de no poder procrear descendencia la ha hecho perder la razón. No puede aceptar que nunca será madre del heredero de Nápoles, no de su sangre. No quiero que vuelvas a acercarte a su habitación y mucho menos hablar con ella

–Pero... –trato de insistir

–¡He dicho que no! Puedes retirarte –el rey toma una copa de vino y le da un sorbo mientras continúa clavándome su mirada retadora

Salgo rápidamente del comedor. Tenía una impotencia. De verdad quería ayudar a la reina. Ella está sufriendo demasiado y el hecho de no poder ni siquiera acercarme a su habitación me da rabia. Aunque de igual manera ella me ha dicho que estoy maldita. Una de estas noches entraré y trataré de sacarla de ahí.

Ana Sicilia está en el corredor. Apenas y pronuncia mi nombre, yo no me detengo. No quiero que se haga tarde. Estoy en mi habitación un par de

horas. No puedo esperar más, ya casi es media noche. ¿Cómo saldré de aquí con todos los guardias alrededor? El rey ha doblado la seguridad y las tropas están listas para atacar. ¡Ya sé! Camino en silencio hasta la habitación de una de las cocineras. Le cambio su ropa por una de mis pieles bajo promesa de guardar el secreto. Me visto y salgo. Con manto en la cabeza, así nadie podrá reconocirme. Camino como dos kilómetros. Ya en el pueblo, doy a cambio de unas monedas de oro un percherón negro.

Me voy con el frío de la noche hasta la cima de la montaña. Llego. Amarro el percherón al árbol más cercano. Camino hasta la cima y el resplandor de las olas embravecidas son muy altas, me hipnotizan, casi llegan hasta la luna llena, que esta noche nos acompaña. Espero un muy buen rato y, nada. Diego no llega. Un mal presentimiento me recorre el cuerpo. No lo veo por ningún lado. Y así, decido esperarlo tres noches más. Pero Diego, Diego no vuelve.

Han pasado los días y la situación está empeorando. El rey ha detenido a cinco franceses en el pueblo, les ha mandado a degollar y después ha enviado sus cabezas al rey de Francia. Ana Sicilia y yo estamos muy distantes. Aunque a ciencia cierta, soy yo quien está distante de todos, de todo. La tristeza viste de gala y lleva espada.

Camino por la sala principal y ahí está el rey, sentado en el trono. Con un hombre frente a él, hincado en una rodilla. Sus rostros lucen molestos. Camino despacio y entro. Ambos me han visto. Sin embargo, continúan hablando de los planes para refugiarse en España. Unir fuerzas con otros países para juntos atacar Francia. Me voy acercando, me siento en el trono pequeño, que está a lado del rey. Él solo me hace un gesto de que guarde silencio. El plebeyo continúa hablando.

–Carlos VIII atacará de un momento a otro, su majestad –le dice el plebeyo al rey

–¿Qué te ha dicho el espía que enviamos entre sus hombres?

–Algo grave, su majestad. Hace semanas enviaron a un hombre a matarle...

–¿A mí? ¿A matarme sin guerras? ¡Cobarde! –el plebeyo alza su mirada hacia mí, hace un gesto incómodo y regresa la mirada al rey

–No, a usted no. A Isabella. Si la muerte no le llega en Nápoles, será en tierras francesas. El plan era llevarla hasta allá y así negociar con usted el territorio. Sabemos que el guerrero regresó a Francia sin Isabella y fue castigado. Pero el rey Carlos VIII le ha ordenado regresar y matarle. Si no regresa con la cabeza de Isabella, matará a los padres y a los hermanos del guerrero, a quienes ya tiene prisioneros –me pongo de pie. Las piernas me tambalean, las manos me sudan, mi cuerpo siente frío. Mi alma comienza lentamente a desvanecerse –el continúa

–Enviaron a uno de sus más allegados y fuertes guerreros, Diegue Filippo de Petersburgo, para realizar esa atrocidad en contra de Isabella

–¡Debí haberle matado cuando lo tuve aquí! Me conmovió su historia campesina. Tanto que le dejé ir. Cómo pude ser tan... –el rey se pone de pie y

se dirige hacia mí

–¿Por qué contra mí? –me levanto y le replico

Ana Sicilia entra, camina despacio, a paso corto. Y como un eco escucho las palabras que quizá nunca debí haber escuchado.

–Porque eres la princesa Isabella I de Nápoles

La fuerte impresión me colapsa y me desmayo. Ha sido demasiado. No puedo, ni siquiera pensarlo. Diego había aparecido en mi vida para, para matarme. Pero, si ese era su deseo, yo entre sus brazos ya hubiese muerto, tuvo muchas oportunidades de matarme. Es muy tarde para arrepentimientos, el amor que siento por él no distingue entre el bien ni el mal. Solo es lo que es, amor puro.

Despierto. En mi habitación está un curandero y a mi lado Ana Sicilia. Cuando abro los ojos completamente, Ana Sicilia me sonríe y acaricia. El curandero le pide que salga de la habitación. Me revisa y me hace preguntas extrañas. Le pregunto qué es lo que me sucede. Y rehúsa contestarme. Después de veinte minutos de estar interactuando y revisarme hasta la conciencia, sale de la habitación.

Mi diálogo interno esta revuelto. Diego me busca para matarme. El rey Fernando II es mi padre. Soy una princesa. Ahora entiendo muchas cosas.

Por qué vivo aquí. Por qué el rey siempre se mantiene cerca de mí y me protege con tal intensidad, que hasta el pueblo murmura que somos amantes. ¿Cómo pueden pensar eso? El rey me había contado que, debido a que soy huérfana de padre, y como la reina no puede tener descendencia, él me apoyó, a veces hasta como un padre. Sin embargo, jamás me pasó la idea de llevar entre mis venas sangre real. Diego ya lo sabía. Él sabía que yo soy hija del rey, por eso llegó hasta a mí. No fue una casualidad que anduviese perdido entre el bosque aquella tarde. Él sabía dónde encontrarme. Ahora, no soporto no verlo. No soporto no tenerlo. Necesito ansiosamente sus besos. Mi vida sin su presencia se ha vuelto un martirio completo.

Ana Sicilia entra en la habitación. Me abraza y nuestras tristezas hablan por sí solas.

—¿Por qué hasta ahora? ¿Por qué nunca me lo dijiste? ¡Vamos, contéstame! Merezco el honor de la verdad —Ana Sicilia comienza a llorar, he sido dura

—Hace muchos años, cuando tu abuelo el rey Fernando I gobernaba, llegó aquí a Nápoles una mujer. Una hermosa mujer blanca, de cabello oscuro y ojos rasgados. Su nariz era tan pequeña como sus orejas y sus labios anchos. Su cuerpo delgado hacía que ningún hombre pudiese resistirse antes sus encantos. Se hizo guerrera de las tropas del ejército de Nápoles, fue la mejor guerrera de esos tiempos. Su nombre era Simona y venía de muy lejos, nadie sabe exactamente de dónde. El rey, siendo aún muy joven, tuvo un romance con Simona. Se amaron. Ella fue el primer y único amor de su vida. Simona era una mujer fuerte y noble que correspondió al amor de tu padre. A raíz de ese amor, naciste tú. Mi princesa. El rey, asustado y temeroso de que al nacer pudieran matarte por no ser sangre pura de la realeza, escondió a Simona durante su embarazo. Ambos eran muy jóvenes. Al dar a luz, tu madre murió. Yo fui su partera. Yo te traje a este mundo sin ella. El

dolor del rey fue trágico y, haciendo honor a la palabra, me pidió que te cuidara. Que te criara, para que así él pudiera tenerte cerca, cuidarte y darte todo lo que te pertenece. Tú has sido criada aquí, con el gran amor de tu padre. ¡Ya no podía sostener esta mentira! Ya no podía más, tú estás creciendo. Al morir tus abuelos, tu padre decidió darte más privilegios. La reina descubrió este gran secreto porque un día, dormido, tu padre te llamó hija. Así es como ella perdió la razón. Su afán de no poder ser madre y descubrir que el rey tenía una hija primogénita, la enloqueció. Tú no lo recuerdas, eras pequeña. Es por eso también que casi no conoces a la reina. Su vanidad y orgullo la han arrastrado hasta ese abismo del cual no puede salir. El rey la mandó encerrar, porque teme que pueda hacerte daño. ¡Perdóname, hija, perdóname, princesa Isabella! Sé que no merezco tu perdón, pero de rodillas te imploro, majestad, que tengas misericordia de mí

Ana Sicilia, llorando desconsoladamente, se tira a mis pies. De inmediato la levanto, la tomo fuerte entre mis brazos y juntas lloramos. No la suelto ni un instante.

–Escúchame bien. Jamás vuelvas a pedirme perdón. Jamás vuelvas a llorar por mí, jamás vuelvas a hincarte ante mí. Soy yo quien debe de suplicarte perdón por ser tan mal agradecida, por mi soberbia e indiferencia. Tú has sido y siempre serás como mi madre. Te amo tanto...

–Eso no es todo, mi princesa

–¿Qué pasa, aún hay más? –le limpio las lágrimas a Ana Sicilia

–Tengo miedo de lo que vaya a suceder. La guerra está en pie. Tu padre el rey tiene todo un ejército de guerreros buscando a Diego para matarlo y enviarle su cabeza al rey Carlos VIII

–Diego quiere matarme y lo ha logrado. Me ha matado de tristeza y de olvido

–En tu mirada puedo ver más que eso. Me di cuenta desde hace ya varios días pero no me atrevía a decírtelo. El curandero ya lo ha confirmado

–Dime, ¿qué tengo?

–¡Estás esperando un hijo!

¡Madre Santísima! Sus palabras me retumban en los oídos. Un hijo, «vas a tener un hijo». Me llevo las manos al vientre. Tengo una sensación entre las garras del miedo y los absolutos de la felicidad. Un hijo de Diego y mío.

–El rey, ¿lo sabe? –le pregunto

–El curandero debe de estárselo diciendo en este momento. Es mejor que huyas. No sé de qué sea capaz. Un hijo de un francés. Sería una maldición real

–¿Has dicho huir? ¡No voy a huir! Enfrentaré al rey, a mi padre. Mi hijo representa amor. El amor eterno. No huiré. La historia no se repetirá. Tengo que encontrar a Diego ahora mismo. Debe de estar cerca. Sé que me está buscando. Tengo que decírselo

Salgo de mi habitación y ordeno preparar mi percherón veloz. Bajo rápidamente las escaleras del patio y oigo una voz. Es mi padre

–¿A dónde crees que vas? –voz eufórica

–No debe de interesarte

–No me contestes de esa manera y responde a mi pregunta

–¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? ¡PADRE! –elevo el tono de voz. El rey me toma de la cara por la barbilla y me aprieta las quijadas

–Jamás vuelvas a decir eso. Escúchalo. ¡Jamás! Eres mi sangre, eres...

–¡Tu hija! –me saco sus manos de mi rostro

–Esta noche tú y yo partimos a España. Los franceses vienen en camino. No podremos contra ese ejército. No en este momento. Nos han acorralado y no tenemos suficientes hombres

–¡No iré a ningún lugar! –le reprocho

–No me hagas llevarte por la fuerza

–Estoy esperando un hijo

–¡Un hijo de un bastardo! No lo tendrás –me avienta y casi caigo al piso. Me detengo contra un muro

–¿Te refieres a una bastarda como yo? ¡Porque mi madre no era una reina, era una bastarda! –se acerca y me da una gran bofetada. Me toco la mejilla y lo miro furiosa

–Escucha, ¡lo siento, hija! ¡Lo siento! –trata de tocarme, arrepentido al instante

–¡No me toques! Debo encontrar a Diego

–Es demasiado tarde, para esta hora Diego ya debe de estar muerto –mis lágrimas brotan como cascadas. Me le tiro encima. Lo golpeo sin cesar con un puño cerrado sobre el pecho y lloro. Quiero arrancarle el cielo

–¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¡No tenías derecho! ¡Te odio! ¡Te detesto! –continúo golpeándole mientras el me abraza fuerte

–Lo dices porque estás enfadada. Con el tiempo te darás cuenta de que es lo mejor para ambos, para el país

–¡No sabes lo que estás diciendo, padre!

–¡Llévensela! Y preparen sus cosas. ¡Partiremos! –dos guardias me toman por cada brazo, yo estoy sin fuerza, estoy rendida ante la vida. Estoy perdida. Deshecha. Me encierran bajo seis candados en mi habitación

Por mi mente el recuerdo de Diego me consume, me quema intensamente. Llorando sin consuelo, caigo al piso, me estiro los cabellos enmarañados, me toco la cara inundada desesperadamente, y los porqués brotan hasta de mis entrañas. ¿Dónde estás Diego? ¿Dónde estás, mi amor? ¿Dónde estás, Dios? Me llevo las manos al vientre de nuevo. Y una nostálgica sensación me calma.

Me levanto y asomo la cabeza por las dos ventanas del balcón. Distingo demasiado movimiento, todo el ejército en sus puestos, las personas corriendo de un lado hacia el otro asustadas, sin saber qué hacer. El pánico se respira, se toca.

Oigo que están quitando los candados. Alguien viene, seguramente es mi padre, viene por mí para llevarme a España. El rey, mi padre, él no tiene el derecho. ¡No lo tiene!

Al abrir la puerta, entra una cocinera. Me trae un poco de agua y té, Ana Sicilia la ha enviado. Es la misma cocinera a la que le cambié la ropa por una piel. Vuelvo a hacerle la misma propuesta pero esta vez se niega. Tiene miedo. Todo el castillo sabe lo que sucede, pero si alguien habla de mi verdadera identidad, se le cortarían la lengua y los pies. No tengo otra opción más que tomar mi espada y amenazarla. La pobre se asusta tanto, debió de haber pensado que iba a matarla. Jamás lo haría. Pero necesito huir, no me iré a España sin encontrar a Diego y decirle que dentro de mí llevo el fruto de nuestro amor. La cocinera se desviste, le coloco una sábana encima, le tapo la boca y la amarro en la orilla de la cama. Me visto con mi armadura, encima me coloco su ropa. Tomo mi espada y debajo de la charola escondo el escudo. Estoy lista para enfrentar al amor de mi vida.

Salgo de mi habitación, burlo a los guardias que custodian mi puerta. Salgo del castillo, nadie se ha dado cuenta de que he escapado. Llego hasta donde está mi percherón. Me quito la ropa que llevo encima y me coloco el casco. Salgo a rápido galope de ahí. Para esta hora, mi padre ya debe de haberse dado cuenta de que ya no estoy en el castillo. Lo conozco. Esté yo ahí o no lo esté, él huirá. Y no es por falta de amor. No es porque no me ame. Sé que me ama como a nadie más. Pero tiene a su cargo todo Nápoles. Mi padre es el rey, Fernando II de Nápoles, un hombre de palabra que se debe a sus

territorios. Tiene que salvar a la nación y a todos los que habitamos en ella. Ya debió de haber partido. Sé que regresará victorioso. Sabe que estaré bien. Él mismo me ha entrenado.

Llego hasta la cima de la montaña, las aguas bravas están asustadas. No le veo. Regreso al campo y grito su nombre a los cien mil vientos. El eco me responde en silencio. Siento una gran corazonada, huele a muerte. Tengo que regresar al castillo, los franceses han llegado. Regreso y me detengo en las orillas de la ciudad, desde ahí puedo ver el infierno.

Ha regresado, frente a mí tengo a mi primer sueño sucediendo. Esta es la parte donde, sin que nadie me explique, me doy cuenta de que esta no es la primera vez, ni la segunda, que estoy aquí. Esta escena la he vivido muchas veces, muchas vidas. Ahora tengo la mejor oportunidad. Tengo miedo. Diego siempre muere. Tengo que enfrentarlo y salvarnos. Esta vez, el final de nuestra historia cambiará.

OIGO EL RÁPIDO GALOPE DE PERCHERONES NEGROS, *que asustados mueven sus hermosas trenzas. Los hombres, regocijándose con sus armaduras de acero, matan a cuanto peón se les cruza. Sus feroces máscaras no dejan verles el rostro. Con espada y escudo en brazo, representan a la muerte en cada paso. Abro los ojos y me levanto aterrorizada del suelo. Estoy llena de sangre, no sé a cuántos hombres habré matado hasta ese momento. ¡Los franceses nos han tomado por sorpresa! Tomo mi espada, que está a un metro y medio de distancia, y corro desbocada hacia el castillo. Todo arde en llamas, todos corren de un lado hacia otro, tratan de salvar a sus familias, a sus criaturas, a sus vidas. Los hombres con máscaras de acero llevan en carruajes a mujeres asustadas, golpeadas y violadas. Otros destrozan las chozas y destruyen los puestos de legumbres. La aldea está cayendo. El rey ha desaparecido. Nápoles arde en llamas. Parece como si*

estuviéramos en el mismo infierno, lleno de pecadores y de almas malvadas queriendo imitar a la justicia por su propia mano. De pronto, oigo casi sobre mí a un percherón; giro veloz y con la espada le corto la mano al hombre que estuvo a punto de degollarme. Corro asustada buscando refugio. En el puente tropiezo con el cuerpo aún caliente y sin vida de un niño de aproximadamente seis años, mi sangre se aterroriza, resbalo. Me voy directa hasta el fondo del lago, toco los cadáveres a mi alrededor. Pienso que es el fin. Ver los cuerpos tiosos con los ojos abiertos de pavor, descuartizados, sin manos, sin piernas. ¡Dios!, ¿dónde estás? Reacciono y subo rápido a la superficie. Siento que alguien me toma cariñosamente de los cabellos, se los enreda entre los dedos, me jala la cabeza y trata de ahogarme, no puedo respirar. Uno de los cadáveres tiosos abre sus ojos, y mi fe cobra sentido. Me muevo con agilidad, trato de sacar esas garras de mis cabellos largos y, aún con mi espada en mano, alcanzo a herirlo en el brazo izquierdo. El hombre me suelta. Me elevo rápido, escupo el agua que se me estaba metiendo hasta los pulmones y respiro desesperadamente. Me agarro fuerte de las orillas del puente para salir del lago fangoso con sabor a muerte. Salgo, corro hacia el centro del castillo, subo un piso. Necesito encontrar al rey. Volteo hacia atrás, ¡el hombre me está siguiendo! Como si yo fuese su principal objetivo. ¡Y es que así lo es! Él corre tras de mí, rabioso con espada en mano. Dentro del castillo mato a algunos hombres más, quienes con rápidos movimientos tratan de degollarme. Ser guerrera, entrenada desde pequeña, es algo que le debo a Fernando II, rey de Nápoles. Oigo un grito aterrador que parece venir del infierno y ahí está un hombre con traje de acero dando fuertes latigazos por la espalda a una mujer. Mi corazón se esteriliza. Oigo otro grito resonante que se vuelve eco indecente.

—¡Detente! —él me grita con una furia impecable

Esa voz me suena familiar, me paraliza. Proviene del hombre que desea degollarme a cualquier costo. Estoy parada de espaldas a él, mis piernas están abiertas, tomo posición de combate, oigo cómo corre acelerando el

paso, doy media vuelta, estoy a punto de atravesarle y partirle en dos con mi espada. Él da un paso hacia atrás, inclina su cuerpo evitando caer y se tambalea para tomar equilibrio. Yo no puedo verle el rostro.

–¿Quién eres? ¿Qué quieres? –le pego un grito hasta el cielo

No hay respuesta. El combate entre la vida y muchas muertes ha comenzado. Me lanza un espadazo directo a mi costilla derecha, lo esquivo, retrocede tres pasos, me acerco dos, oigo su acelerada respiración, nos miramos fijamente a los ojos

–¿Qué quieres de mí? –insisto

De nuevo sin respuesta. Se descuida un segundo. Le rajo el brazo derecho, un chorro de sangre sale zumbando directo a mi pecho. Mientras él trata de detenerse el sangrado, me da ventaja para correr lejos. Doy vuelta en una esquina de la tercera torre del castillo, guardo silencio, me recargo sobre la pared. Asustada, veo pasar corriendo a los hombres inocentes y las armaduras móviles matándoles. Espero al hombre con la espada desenvainada, lista para matarle y regresar por la reina, quien está en el calabozo. En un suspiro, y sin darme cuenta, el hombre ya tiene sus manos sobre mi cuello, asfixiándome, ya no puedo respirar, es muy fuerte. En medio segundo veo mi vida pasar, las fuerzas se agotan, mi mano se abre y mi espada cae lentamente a la tierra, desnudándome así ante la muerte. Mi fin ha llegado. Siento mi corazón latir cada vez más lento. Distingo una luz hermosa. La silueta de una persona cubierta con un manto blanco me tiende la mano, me invita a caminar con ella a través de ese túnel maravilloso. Ya no oigo gritos, no oigo llantos, no veo armaduras móviles matando; al

contrario, siento una paz inexplicable. Necesito esa paz. Tengo frío. De pronto la luz comienza a extinguirse, se vuelve oscuridad, oigo el eco de todos los gritos y veo el infierno muy de cerca. Quiero escapar y correr por el otro túnel, ¡estoy exhausta! Un suspiro me hace abrir los ojos. Oigo por debajo de la máscara de acero un espantoso llanto de lamento. Siento su dolor, lo transmite. Los latidos de mi corazón se estremecen. Yo conozco estas manos. Yo conozco este llanto.

–¿Quién eres? Dame la dignidad de saber quién me arrebató la vida –le digo

–¡Soy yo, mi princesa, mi vida entera! Debo hacerlo, no podría vivir con este dolor. Prometo que en nuestra próxima vida estaremos unidos. Nuestras almas se confabularán en algún momento de la eternidad. Este es un pacto de amor eterno. Solo seremos tú y yo. Te amo y te amaré más allá de todos los tiempos, sobre la eternidad, amor mío –me dice con tristeza

–Diego, amor detente, llevo dentro de mí ¡un hijo!, ¡nuestro hijo! –Diego me quita las manos del cuello. Se quita la máscara de acero

–¿Qué estás diciendo, mi princesa?

–¡Que serás padre de nuestro amor! –me inclino y tomo mi espada. La muerte está rondando. De sus labios salen las palabras que pensé escucharía

–¡Enfrentémoslo! Luchemos

–Te amo tanto, Diego

–Y yo a ti, mi princesa. El rey Carlos VIII me envió a matar a Isabella, la hija del rey Fernando II. Pero desde aquel momento en que te vi, de pie frente al mar, con tus cabellos regocijando de amor, me di cuenta de que eras tú, mi otra mitad de vida. Traté de controlarme, pero no pude. Como imán mi alma a la tuya se unió

–No hables más y ¡luchemos! La verdadera guerra ha comenzado. Te amo en esta y en todas las vidas que la eternidad nos depare. No existirá amor más eterno que el nuestro

–Juro, princesa, juro por nuestro hijo que siempre estaré a tu lado y jamás nadie les hará daño. Juro por todos los cielos y el resto de los tiempos que nuestra alma reinará a través de los mundos enteros

*Sellamos nuestro pacto de amor eterno con un beso. Lo hemos logrado. Nadie ha muerto. El alma de Diego se ha liberado. Después de intentarlo tantas vidas, por fin me ha escuchado, **por fin hemos descansado, nuestras almas lo han logrado.***



Oigo un grito

–¡Movió el dedo! ¡Ha movido el dedo! ¡Está abriendo los ojos! ¡Has vuelto! Qué buen susto nos has pegado a todos. De pronto llegué a pensar que ya te habías quedado allá –dice Caro, llora de emoción

–¿Dónde? Espera ¿Dónde estoy? ¡Ay, mi cabeza! –estoy confundida

–No, no te levantes. Ya viene el doctor

–¿Dónde estoy?

–No hables tanto. Puedes hacerte daño –Caro me toma por las manos

–Estamos en el hospital principal de Nápoles. Tuviste un accidente hace una

semana y has estado en coma por siete días. Pensamos lo peor. Tus padres están aquí, no se ha despegado ni un minuto de tu lado –me explica Caro

–¿Cuántos días?

–Siete

–¡Dios mío! ¿Siete? Me siento agotada

–Descansa. Sabía que regresarías

–¿Cómo lo sabías? ¿Qué tal si no? ¿Qué tal si...? –aún estoy divagando

–Llamé a Nanaki y me dijo que sabías defenderte muy bien, Isabella! –Caro me guiña el ojo mientras el doctor le pide que por favor salga de la habitación

Mis papás están viéndome por una ventana. Ambos lloran. De mí, unas lágrimas salen y siento esa grata sensación de paz. Ya todo ha terminado. Respiro.

Han pasado cinco años. Y los sueños jamás regresaron.

Después de toda esta experiencia, mi vida cambió rotundamente, todas mis preguntas han sido contestadas. Bueno, casi todas, nunca dejamos de aprender. Sin embargo, hoy se de dónde vengo, y me atrevo a imaginar hacia dónde voy.

Haber debatido entre la vida y la muerte me regaló un nuevo renacer. Estoy consiente de lo poderosa que es la palabra, la gran fuerza que lleva con ella. Con la palabra maldecimos, bendecimos y cuando esas letras van acompañadas con la energía de nuestros deseos, ya sean conscientes o inconscientes, marcamos nuestro destino. La palabra es un búmeran. De acuerdo al viento se traza el tiempo y siempre regresa a nosotros con más intensidad. Imposible huir de las consecuencias de nuestros actos, llevan nuestra sangre. Decir la verdad a su tiempo nos puede evitar mucho dolor y sufrimiento. Seamos coherentes con lo que hablamos. Porque de ahí parte nuestro presente. Lo que hablamos ayer es lo que somos hoy, y lo que hablamos hoy es lo que seremos mañana. Las palabras reflejan nuestro carácter, nuestros sentimientos, nuestra esencia y todos nuestros deseos. Si vas a jurar, procura que no sea en vano, porque al final todo regresa a su lugar.

Andrea y yo nos vemos solo en reuniones familiares. Decidí fingir ante nuestros padres que nada sucedió. No es necesario que ellos paguen nuestros karmas. Ella me siguió la corriente. Hoy comprendo su traición. Hace vidas yo fui la hija de su desgracia. Andrea vivía muerta en vida. Ahora regresó y me mostró ese sentimiento. Hubiese sido con Rogelio o con alguien más, su traición era algo sumamente inevitable. Sobre Rogelio, volví a verle en algunas clases. Jamás nos hablamos. Él de inmediato estableció otra relación con una chica. Al parecer les va bien. Me da gusto. No le deseo

mal. Caro sigue de viaje, feliz. En cuanto a mí, no he vuelto a relacionarme sentimentalmente con nadie. Me gradué y me dedico al negocio familiar. Mis encuentros con Nanaki para meditar y tomar té amargo son esporádicos.

Esta noche habrá una cena de negocios en el palacio real. Mis padres me han pedido que asista en su representación. Ellos, para variar, están de viaje. Bueno, trabajo es trabajo.

Son las seis de la tarde. Me doy una ducha con agua caliente. Arreglo mi cabello, de preferencia, lo recojo y me maquillo tenuemente. Antes de partir, mi madre me dejó un vestido para esta noche, ella misma lo escogió. Ese vestido negro strapless tiene escote hasta media espalda, corte de sirena y unas muy finas costuras sobre las caderas. Es realmente espectacular. Zapatillas altas color plata, igual que el color del bolso y me coloco un juego de perlas acorde a la ocasión. Nana Susi me ha dicho que jamás me ha visto tan hermosa. Este gesto me ha recordado a Ana Sicilia. ¡De verdad que me quieren! Max tiene el auto listo. A las ocho y media en punto llegamos al palacio real. El portero me abre la puerta y bajo. El lugar está completamente repleto de personalidades. Subo los escalones y entro. Me paro en medio de la puerta. Muchas personas han volteado a verme. Quedo de pie por dos minutos hasta que Gloria, la anfitriona, se acerca a darme la bienvenida.

–¡Miranda Riue! Luces fantástica –me da un abrazo

–Gracias, Gloria, muchas gracias. Tú también estás hermosa

–¡Ay, querida! Qué bella. ¿Y tus padres?

–Mis padres están de viaje

– Debí de suponerlo. ¿En Francia o España?

–Están en Polonia, regresan la siguiente semana –le respondo, siguiendo su juego social

–Perfecto, pasa por aquí, por favor, te quiero presentar a algunas personas.

Gloria es una anfitriona excelente. Conoce a México entero. Tanto tiempo trabajando en Relaciones Públicas Gubernamentales no ha sido en vano. Me presenta al Jefe de Gobierno del Estado, al embajador de Estados Unidos y a una inversionista colombiana. Los saludo y conversamos un momento. Después, me dirijo a tomar aire fresco. En el camino se acerca un mesero y tomo otra copa. Salgo al gran balcón, con altos muros medievales. Hay unas cuantas personas hablando, otras conquistando. Me recargo sobre una esquinita y de frente por el lado izquierdo puedo contemplar el hermoso jardín, con sus grandes arbustos verdes en formas geométricas; por el lado derecho, las hermosas luces de la ciudad. Volteo hacia arriba y veo el cielo tapizado de estrellas. Pasa una estrella fugaz y un viento me hace suspirar. Cierro los ojos y me siento tan en paz. Oigo una voz «¿Cuál ha sido su deseo?».

Volteo a mi lado. Y ahí está. Ahí está él. Con un traje negro y corbata azul. Lleva una copa en mano. ¡Diego! Apenas lo veo y la sensación de paz es aún más intensa. Lo habíamos logrado. Mis ojos se llenan de luz y su sonrisa nítida me trae los más gratos recuerdos de todos los tiempos.

–Mi deseo es encontrar a mi príncipe –lo miro cariñosamente y le sonrío

–Tal vez su deseo esté por cumplirse. Su rostro se me hace un tanto familiar... –nos miramos fijamente a los ojos

–¿Será porque siempre regresamos para encontrarnos? –le susurro...

FIN

Manuscrito robado de la Biblioteca Nacional de Nápoles

La Mia Principessa di Napoli – 1496

Fernando II o Ferrante II de Aragón y Sforza (Nápoles, 26 de agosto de 1469 - Somma Vesuviana, 1496) fue rey de Nápoles (1495-1496). Fernando II era hijo mayor de Alfonso II y de su esposa Ippolita Maria Sforza.

Fernando II recibió el trono de manos de su padre en 1495, cuando Alfonso II abdicó en su favor ante la amenaza de invasión por las tropas francesas de Carlos VIII. La ciudad fue asediada y Fernando II se vio obligado a huir a Ischia. En su ausencia, su hija, la Princesa Isabella I de Nápoles enfrentó a las tropas Francesas, encabezando así a el ejército Napolitano, obteniendo una gran victoria. Isabella I, (a quien se le había ocultado su identidad Real por años) se convirtió en una Gran Guerrera y Reina para los napolitanos.

En 1496 Fernando II se casó con su tía paterna Juana de Nápoles, hija de Fernando I y de su segunda esposa que fue Juana de Aragón.

Falleció el 7 de septiembre de 1496. Nombrando heredera a su hija, la Princesa Isabella I, quien reinaría con el nombre de Isabella I de Nápoles, junto con el Rey Diègue Filippo de Petersburgo y el Príncipe Fernando III de Nápoles, su hijo.

Respiro, cierro mis ojos, y tallo mis largas pestañas que me provocan cosquilleo, busco el inicio de un final ya escrito. Así son las vidas, donde el pasado y el futuro han plasmado un pacto indecoroso sobre la eternidad. Y planeada la huida, he pasado al siguiente siglo, donde en cualquier momento sin verme estaré en tu mente...

